



Año V.—Núm. 109
15 Enero 1924

He aquí el retrato de la encantadora señorita María Murillo, que acaba de vestir su primer traje largo. Es la hija mayor del sabio médico, Don Francisco, actual Director general de Sanidad, y puede asegurarse de ella, sin hipérbolo, que es un tesoro de bondad, de inteligencia y de simpatía.

CUANDO COMIENZA EL AÑO...

El tiempo marca una nueva jornada en el vivir humano. Otro Año nace, entre esperanzas de loca fortuna y anhelos de redención. Un Año nuevo, recibido alegremente, alentador de las ilusiones, que será viejo dentro de doce meses y al que despediremos con injurias y protestas, como si él fuera el culpable de nuestras desventuras y nuestros fracasos. Un año más...

Al arrancar la hojilla del calendario que marca el principio de una etapa en el curso inmutable de la vida, nos sentimos un poco perplejos y un poco temerosos, queriendo penetrar el arcano del tiempo futuro, lleno todo él de secretos, de impenetrables misterios. Asistimos con justificada inquietud al tránsito del Año que fenece. ¿Qué nos traerá el Año nuevo, entre las brumas de su avatar?... ¿Qué glorias, qué desdichas, cuales triunfos o vilipendios arrastrará en su monótona carrera?... ¿Qué terribles arcanos se encubren tras el velo de la noche eterna?...

Es la noche de los grandes misterios, de los augurios y de las supersticiones. ¿Quién no siente inquietud en el corazón y turbación en la conciencia, ante la sombra de la vida futura? Minuto tras minuto, la manecilla del reloj va marcando la rápida marcha del tiempo. Pero los instantes que faltan para llegar a la línea invisible que separa un año de otro, nos parecen eternos. El misterio del porvenir nos angustia más a cada momento que avanza. El miedo a lo futuro se apodera de nosotros...

* * *

Los viejos, desengañados y caducos, pensarán ante el arcano del Año nuevo, que esta jornada que empieza no será más que otro año de luchas y sinsabores, con iguales afanes y egoísmos, con los mismos quebrantos, entre los cuales continuaremos nuestra marcha hacia la tierra redentora... Los jóvenes, seguros de su fuerza y dueños de sus ilusiones, verán en el Año nuevo doce meses de triunfos, de fiestas, de alegrías y de amores... ¿Quién piensa en el dolor?... Los escépticos, gente absurda y pernicioso, murmurarán: ¡Bah!... Un año más, como todos, que hay que vivir lo mejor que se pueda y a costa de quien se pueda...

Y todos tendrán un poco de razón, porque de todo traerá este Año que comienza, tan lleno de misterios. Será un reflejo de la vida que pasó y una revelación de la vida que vendrá. Traerá luchas, y amarguras, y dolores; traerá también alegrías y victorias, ilusiones de amores y venturas pasajeras... El problema estriba en sacar de él el mejor partido que se pueda, no egoístamente, sino en beneficio de todos. El arcano no está en el tiempo, ni en la vida, sino en nosotros mismos. El Año nuevo será lo que la humanidad quiera que sea, porque todos hemos de contribuir a su resultado.

Cuando lleguemos a arrancar la última hoja del calendario y hagamos el balance de los doce meses transcurridos, de luchas y trabajos, de choques constantes, de ilusiones fracasadas y de esperanzas convertidas en realidades, encontraremos un coeficiente de utilidad en la vida, si no para nosotros, para los que vengan después; nuevos adelantos, nuevos progresos; un paso más en la ruta de la civilización. Y eso será con el esfuerzo de todos y a pesar de todos...

En lo íntimo de las conciencias, queda siem-

pre un resto de honradez, que en esa hora de los grandes misterios y de los augurios, de esperanza y de temor, nos fuerza a hacer examen de nuestros actos pasados, con un noble propósito de enmendar los yerros para lo futuro. Son los «calendarios» perpetuos de los pobres de voluntad, que se dejaron vencer y dominar por las pasiones. Pero esos honrados propósitos, un año y otro repetidos, no se realizan nunca. La voluntad, debilitada, carece de fuerza para reanimar los corazones y redimir los espíritus caídos... ¡Cuán pocos son los que se redimen en este examen de conciencia de la noche del misterio!...

* * *

Año tras año, los poetas inventaron sobre el arcano de la vida nueva y los augurios del porvenir las fantasías más exquisitas, los cuentos más lindos, las leyendas más delicadas, también las más crueles tragedias. Nosotros oímos contar a un soñador poeta un bello cuento de conjuros misteriosos. Escucha, lectora:

«...Harto de caminar en la noche trágica, entre amarguras y dolores infinitos, el Peregrino se detuvo, vencido por la tristeza y abrumado por tantos horrores. Sangraban sus pies, destrozados por los abrojos; el corazón desfallecía; los ojos, exhaustos de lágrimas, sangraban también. El viajero quedó dormido, en un sueño inquieto, anhelante, como de pesadilla.

Súbitamente, extendióse sobre la haz de la tierra una aurora inefable, de luz suavemente rosada, de una poesía dulce y tranquila. De las cavernas surgió la figura de una Maga ideal, que ante los ojos asombrados del Peregrino adelantóse, gentil y sonriente. Era la Maga de los sueños de oro, alentadora de todas las nobles ambiciones, sugenidora de todos los grandes anhelos. En un cestillo de dorados hilos ofreció la hechicera al viajero las doce uvas simbólicas de los augurios misteriosos. Eran como perlas cristalinas, de un tenue color de topacio, de una belleza delicada, de una suavidad exquisita. Cada una ostentaba una leve inscripción luminosa, reveladora de la virtud representada en ella... Eran las simbólicas uvas la Fe, la Paz, el Trabajo, la Honradez, la Lealtad, la Belleza, la Fortuna, la Ciencia... Las más altas virtudes; los dones más preciados.

Hambriento y lleno de sed, el Peregrino tomó las uvas del augurio venturoso, y nuevamente quedó dormido, en un sueño reparador, como sueño de esperanzas. El reloj de arena de la Maga marcaba las doce de la noche del último día de un año de horrores y tragedias...

El viajero prosiguió su camino, repuesto ya, curadas sus heridas, vigoroso y lleno de ilusiones. Todas las venturas le sonreían; todas las hazañas parecíanle al alcance de su corazón y de su brazo... Y, sin embargo, la jornada fué, como todas, larga, y como todas penosa y cruel. En su pecho había siempre anhelos inextinguibles; en su alma faltaba la plena satisfacción de sus ilusiones de paz.

Al rendir la jornada, en la última noche del año, detúvose fatigado, intranquilo, descontento de la vida y de sí mismo. Anhelante, esperó la aparición de la Hechicera, y al verla surgir ante sus ojos, menos bella y menos sonriente, adelantóse, rápido, y le expuso sus quejas, sus desmayos, sus angustias...

Había sido fiel y leal. Trabajó con ahinco. Había cumplido, o creyó cumplir, todos sus deberes. La Ciencia y la Fortuna le acompañaron... Y, sin embargo, no estaba satisfecho de la vida. Ni estaba contento de sí mismo. Persistían en el mundo el dolor, la lucha, la ira y el odio. En su alma había anhelos insaciables...

La Hechicera le miró, apenada, y contestó:

—Tienes razón, hermano Peregrino. Ha faltado mucho para tu satisfacción y tu ventura. Pero no es tuya, ni es mía, toda la culpa...

Y la Maga explicó que, enredando entre los cestillos de los hilos de oro, un maléfico genio extrajo dos de las uvas del augurio, las más bellas, las más importantes, y las sustituyó con otras dos. En el cestillo del Peregrino faltaban las que representaban la Caridad y el Amor. En cambio de ellas, entraron otras representativas de la Codicia y del Egoísmo. Y la Maga terminó:

—Esto quiere decir que para ser completamente dichosos en la vida no bastan la Ciencia y la Fortuna, la Gloria y la Belleza, con los otros dones que le fueron otorgados. Son aún más preciosos la Caridad y el Amor... Sin amar y sin ser amados, sin caridad entre los humanos, mientras nos acompañen la Codicia y el Egoísmo, ni la Ciencia será reflejo de la verdad eterna, ni la Fortuna nos dará la dicha, ni la Paz será duradera entre los hombres...»

* * *

Este cuentecillo del poeta, como todos los cuentos, tiene su moraleja, que ya apuntamos al principio. Es que el arcano no está en la vida, ni en el tiempo, sino en nosotros mismos. El Año nuevo, pese a los augurios, será como el pasado como todos; será lo que los hombres quieran que sea. ¿Para qué hacer augurios, ni propósitos de cambiar nuestra vida, si han de ser estériles?... Procuremos ser un poco mejores, más caritativos, más amantes del prójimo; trabajemos con fe y perfeccionemos en lo posible nuestra labor; cumplamos nuestros deberes, con un sincero deseo de hacer el bien; así caminaremos paso a paso, lentamente, hacia una perfección ideal, y no habrá esfuerzo perdido, ni estéril, por peque; ño que fuese, en el gran taller humano, como tampoco dejarán de surtir sus efectos todo apocamiento, desmayo o cobardía...

El Año nuevo que nace será solamente una jornada más en la vida, como las pasadas, como las futuras. Tornemos a la labor, firme la voluntad, serena la conciencia, dispuestos a laborar siempre, seguros de que el porvenir sólo responda al mágico conjuro del trabajo. Laboremos para hoy y para mañana, para nosotros y para los que vengan detrás... Vivamos nuestra vida como podamos; pero procuremos mejorarla, embellecerla y engrandecerla, sin perjudicar a los otros, y poniendo de nuestra parte cuanto podamos para contribuir al bien de los demás. Así este Año nuevo podrá ser año de paz y de bienes, que lleve la serenidad a las conciencias oscurecidas y la tranquilidad a los corazones turbados... Y no olvidemos que la Caridad y el Amor serán la gran fuerza de la vida. Ellos embellecerán nuestro camino y lo harán amable. Sus sonrisas llevarán un aliento a los corazones y un rayo de sol a las almas en tinieblas...

LEÓN ROCH.

QUE LA LUZ PERPETUA RESPLANDEZCA ANTE ÉL

(EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SEÑOR OBISPO DE SIÓN)

EN la noche del día 3 de Enero del pasado año dió su espíritu al Padre el Obispo ilustre, que pasó por la tierra con el nombre, siempre amado, de Jaime Cardona y Tur. ¡Murió!... Y aún nos conmueve, desde los senos del sepulcro, su voz elocuentísima. ¡Murió!... Y su noble alma está con nosotros, y lo estará siempre, sus admiradores, sus amigos; porque la inmortalidad, sin sombras ni crepúsculos, empezó para él, ahí, sobre la piedra de su tumba. ¡Murió!... Y como un justo—yo lo he visto—, y cual aquel que cumple un gran deber, el postrer deber, recibiendo el abrazo gélido de la Muerte sin asperezas, sin horror. Cuantos sabemos bien quien él fué, cuantos le amamos, sentimos que se nos desgarran el corazón al pronunciar estos dos vocablos: ¡Ha muerto!...

El Evangelio dice de la madre que da a luz a un hijo, «que se consuela de sus angustias porque ha parido un hombre para el mundo». *Quia natus est homo in mundum*. Pues como el mar, sin medida ni límites, nuestra desolación; porque en el mundo, al morir el Obispo Cardona y Tur, *ha muerto un hombre*. ¡Y qué hombre!... ¿Tendré yo que decir aquí que fué uno de los más excelsos oradores, uno de los más altos intelectos, uno de los más grandes corazones, y uno de los más fieles servidores de Dios y de la Patria en la moderna época, entre nosotros? El juicio solemne de la Historia, las aclamaciones de la posteridad, comenzaron ahora hace un año para el señor Obispo palatino, para el ibizenco preclarísimo, para el orador glorioso, para el humilde seminarista de la melancólica calle de *Las Monjas*, en la Ciudad levítica de su *roqueta*...

Si; al morir el Obispo de Sión, ha muerto un hombre. ¡Y qué hombre!... ¿No es cierto que fué uno de los hombres más nobles y atraentes de su tiempo? El ha llevado con dignidad y honor, hasta el borde mismo del sepulcro, los dos cetros; el de la cabeza, y el del corazón. ¿No recordáis lo que el poeta de *Dolores*, Federico Balart, ha dicho en su libro bellísimo, *Horizontes*?

*En el mundo no hay más que
(dos cetros:
la espada y la pluma...*

¡Es cierto!... El cetro del corazón, encandecido por todos los amores más excelsos, que es quien blande esa espada centelleante, gloriosa, adscrita al servicio de todas las causas más ilustres; la omnipotente espada, que rasga o rehace, que delinea, que crea o destruye, a su antojo, el mapa del planeta. Y el cetro del entendimiento, imantado serenamente hacia lo alto, y que a la pluma o al verbo aguija, con generoso impulso. Y el Obispo de Sión fué un predestinado a empuñar, con grande majestad, esos dos cetros. Y los llevó en vida, desde sus primeros días del Seminario; y los lleva en las desolaciones de la fosa, adonde ha ido, «cual las aguas al mar», en frase del Libro II de los *Reyes*; y habrá de llevarlos—¡dejadme que lo crea así!—en tanto que pueda alentar sobre la faz de la tierra una sola alma buena. ¡Qué hombre!... ¡Qué elevaciones, a la continua, las de su espíritu, lo mismo en los dulces coloquios de la amistad cristiana, con quienes él amaba, que puesto entre el cielo y la tierra, en la augusta cátedra del divino Espíritu Paráclito!... ¡Qué rectitud la suya, qué amor el que rendía a la Justicia, atento siempre a aquellas palabras de San Ambrosio; *Nihil proferendum honestati*; «nada debe anteponerse a la Justicia!» ¡Oh!

Ninguna injusticia, ninguna tiranía, ninguna cruel opresión, fueron por el Obispo perdonadas. ¿Sabéis de alguna víctima que no hallase en él una voz, una noble voz que la alentase, o unos brazos que la sostuviesen? Si se equivocó alguna vez—¿y quién no se equivoca?—fue para inclinarse, en todas las ocasiones, del lado de la desgracia; y si pudo errar en tal cual juicio, «fué bajo el influjo de la piedad, de la generosidad, de la caridad, y de su ingénita ternura de alma»; como del Conde de Montalembert ha escrito Lady Oliphant, en su admirable libro *Memoir of Count de Montalembert*. No había en el Obispo—y lo saben cuantos muy de cerca

les olvide, *que no mueren del todo*, y que aún guardan en la soledad de su sepulcro—como ha dicho un lirico—«el gesto inconfundible de todos los Lázarus redivivos».

¿Y el orador?... ¡Qué elocuencia la suya,—peculiar suya,—que le hacía fulgurar en los instantes de la inspiración, cual un iluminado, cual un profeta! ¡Qué lumbres tan vivas y tan pródigas las de su fantasía, plástica, brillante, inagotable, que llevaba adonde quiera que extendiese su vuelo, el encanto y la luz! ¡Qué grandeza, qué majestad las de su verbo; qué pompa inaudita la de su estilo; qué armonía y hechizo los de sus períodos; qué alteza la del razonamiento; y qué evangélica unción la que fluía de todas sus palabras, en la sacra cátedra! Fué inaccesible, en realidad, como orador, y en vano se pretenderá igualarle o imitarle; más sentir y comprender las incontables y peregrinas bellezas que esmaltaron casi todos sus sermones, ¿no es en algún modo aproximarse a él?

¿Y su corazón?... «Yo le he conocido hasta lo último»; como Suard dijo de alguien, en el tomo primero de sus *Mélanges de Littérature*. Yo fui confidente, muchas veces, de las ternuras de ese corazón. Y permitidme creer, y muy fundadamente, que lo que el Obispo no decía a nadie, ni aún a sus más íntimos amigos, me lo decía a mí. Pienso que fui digno de esas confidencias. ¡Hemos pensado y sentido tantas veces juntos, y al unísono!... ¡Teníamos tantas cosas que decirnos aún!... Mas la Muerte, la despiadada Muerte, me lo arrebató, cuando quedaba mucho—¡lo indefinido!—por decir a las tiernas efusiones de la amistad buena, ese *sentimiento divino*, cual *Lacordaire* dijo, en *Marie Madaleine*. Y la suya, la amistad del Obispo hacia mí, había embellecido la mejor parte de mi odisea terrena; y falta ya—¡oh dolor sin nombre,—a la que me reste que hacer por los oscuros valles de la tierra, después de que él se fué... El féretro que bajaron a la fosa, en la iglesia del convento de Santa Isabel, en un triste crepúsculo vespertino del día 5 de Enero, del año que acaba de expirar; el féretro del mejor amigo que yo tenía, ¡cuántas bellas y queridas cosas mías se llevaba a la eternidad!

Y si el Obispo no pretendió ni deseó, tal vez nunca, la clamorosa e inmarcesible gloria que nimbaba, con algunos rayos precursores, a los más elocuentes de entre los hombres, para quienes diríase escritas aquellas palabras de los *Hechos de los Apóstoles* (XIV, 2.) *quoniam ipse erat dux verbi*, obtuvo lo que era más precioso e insigne que esa eminente gloria, para su corazón; es a saber, el respeto, las simpatías, la estimación más honda y más sincera de parte de sus coevos, los entusiastas e inacabables *hosannas* bíblicas en torno suyo; rendimientos y homenajes que vienen a ser como la recompensa y la corona de un carácter, de una bella vida, de un corazón cuya amistad honra y dignifica, en medio de este magno y espantable naufragio de caracteres, y de la temerosa desorientación que impera en el mundo, que ha conturbado nefastamente a tantos espíritus naturalmente buenos, y puesto sombras en muchos nombres claros, en otro tiempo.

¡Y ya se ha ido, al lugar de su descanso, el señor Obispo!... ¡Y ya no le veré más; puesto él en el púlpito de la Real Capilla, ni en su sala señorial del Buen Suceso, ni en la sala del hogar mío!... Mi imaginación, mi corazón, cómo se complacen en evocar el recuerdo de esas inolvidables horas que hemos pasado juntos, en el abandono recíproco de nuestros pensamien-



Don Jaime Cardona y Tur, Obispo de Sión y Patriarca de las Indias, de cuya muerte se ha cumplido el primer aniversario.

lo trataron,—ni un sólo pensamiento que no estuviese consagrado a la gloria *di Colni che tutto muove*, como cantó Dante; o a la de su patria, o al provecho de sus prójimos; ni un sólo deseo que no fuese enderezado al bien y a la verdad, sin contubernios ni convencionalismos de ningún linaje; ni un propósito que no fuese puro, y exento, en absoluto, de toda mácula de interés personal. Eran vuelos sublimes los de su alma—que no acertaba, como ciertas aves, a replegar sus alas más que sobre las cumbres eminentes—hacia lo infinito, hacia lo eterno y lo divino, hecho a verlo y a contemplarlo todo, *sub species eternitatis*; y cuando casi todos los hijos del hombre, en la hora de ahora, son tan pequeños y tan ruines en sus anhelos, lo mismo que en los medios para poder cumplirlos, y en las inspiraciones y en los móviles todos de su vida; vanidad ridícula, egoísmo insaciable y crudelísimo, o amor propio, sin límites, casi siempre. Era de la raza de esos hombres, el Obispo de Sión, que pueden desafiar a que se

s, diáfaramente manifestados, sin eufemismos, sin reservas, que hubieran podido parecerse a una usurpación, cual un ultraje a nuestra antigua, y generosa e incommovible amistad!... Y he sentido cuando el Obispo me dió el adiós postrero, y siento ahora, la profunda e íntima tristeza, indefinible e inefable, de todo eso que falta ya, y para siempre, a mi vida, acá en la tierra, disipado a modo de los sueños de una noche. Y en los días que pasan, de temores, de sombras, de pesar, sentíamos dulcificarse nuestra angustia, animándonos y consolándonos mutuamente, y queriendo esperar aún en contra de la misma esperanza; *In spem contra spem*, que diría San Pablo; o repitiendo las palabras del Rey Profeta, del salmo XXVI, *in hoc ego sperabo*: «entonces mismo, sostendré yo mi esperanza».

¡Se fué!... Pero yo puedo repetir aquí lo que decía el abuelo de Montalembert, cuando éste, muy niño, estaba en la pensión inglesa de Fulham: *está tan cerca de mí, como yo mismo*.

¡Se fué!... Y después de que se ha ido, ¿no es verdad que no ha perdido nada—al contrario,—de su magnificencia, a los ojos míos, ni a los de sus amigos o sus émulos; como tampoco perdía nada al acercarse a él mientras estuvo entre nosotros; al revés de lo que les pasa a innumerosos prestigios, aún los más famosos, vistos de cerca; como perdió O'Connell para el egregio autor de la *Historia de Santa Isabel de Hungría*, cuando en sus veinte años le vió una tarde en su campestre retiro de Derrynane?... ¡Se fué!... aquel a quien la divina Providencia quiso dotar de aptitudes tan variadas, tan complejas, que había en él para llenar supera-

bundantemente no una vida, pero muchas vidas, y para hacer dos o tres almas!

Y se fué, cual cumple a un buen cristiano, y a un gran temple psíquico; pues cuando se sirve a Dios, como el Obispo lo ha servido, se puede morir bien, sin dolor, sin horror, según se lee en las *Lettres du Comte de Montalembert a un ami de collège*, en *Le Contemporain* del primero de Julio del año 1872.

¡Descanse en paz el amado amigo, y que la luz perpetua le ilumine, et in æternum, en las altas moradas de grandeza! ¡Descanse en paz!... La Patria no fué todo lo justo que debió ser con él; ni antes ni después... ¡Pobre España!... Pero Dios lo habrá sido, pensando piadosamente, allá en su Reino. Y eso, ¡basta!

ADOLFO DE SANDOVAL.

Enero, 1924.

Teatro

ESPAÑOL.—*El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina.

LARA.—*Currito de la Cruz*, por Pérez Lugín, adaptado a la escena por Linares Rivas.

Quisiera no repetir siempre lo mismo, pero la verdad se impone de tal manera, domina con fuerza tan irresistible (la fuerza de la verdad, nada menos) que no hay otro recurso sino doblegarse a los hechos y acatar la doctrina que de ellos se desprende. Lo vengo diciendo desde hace algunos años y Dios sabe hasta cuando tendré que repetirlo. Toda obra del entendimiento, sea de la clase que fuere, necesita poseer contenido y alcances sociales y responder a una forma ideológica colectiva, si ha de conservarse y vivir a través de unas cuantas generaciones, cuando no la vida entera de la humanidad, como sucede con los poemas homéricos y las concepciones inmortales de la mente humana. El *Quijote* es la sátira contra la afición a los libros de caballerías. *El condenado por desconfiado*, de Tirso, es la repercusión en el teatro de la famosa controversia *De Auxiliis* que sostuvieron en España el dominico Báñez y el jesuita Molina sobre la manera con que obra la gracia de Dios sobre los elegidos.

No puedo examinar a fondo el problema. Carezco de competencia teológica, y, además, una crónica de teatros no es motivo bastante para meterse en profundidades de Teología y esmaltar el texto con frases escolásticas que se refieren a la potencia y al acto primero y al acto segundo, si es que la cuestión no se complica con actos llamados «primero del primero» y «segundo del primero».

Hoy en día vivimos muy apartados, por desdicha, de estos problemas que afectan a la vida del alma y tienen enorme interés para el creyente y asimismo para el diletante. ¿Necesita la gracia divina si ha de ser eficaz el concurso voluntario del que la recibe y se ve favorecido con ella? El sistema de la *promoción o predestinación física* que defendieron Báñez y su orden dominicana parece inclinarse a la afirmación de que la voluntad no puede oponerse a los mandatos divinos. La teoría de la *ciencia media* del jesuita P. Luis Molina y el *congruismo* del también ignaciano P. Suárez, a quien se llama el *eximio*, trata de conciliar la eficacia de la gracia con la libre voluntad de las criaturas. Si uno no quiere la gracia no le llega y no logra salvarse por sí sola.

La controversia no está enteramente comprendida en lo dicho. Tanto fray Domingo Báñez como los jesuitas Molina y Suárez son católicos y ninguno de ellos se separa un ápice de la más pura ortodoxia. En uno y otro sistema quedan a salvo de toda sospecha la eficacia de los designios de Dios y la libre voluntad humana. Lo que difiere es el procedimiento que lleva al mismo resultado, pero que en el camino confun-

de y hace que se discuta cada uno desde el punto de vista que tiene por mejor.

La disputa entre Báñez y Molina produjo en España la misma emoción que años más tarde habían de motivar en Francia el jansenismo y los ataques que a esta doctrina dirigieron los jesuitas. El público se interesaba por estos problemas. ¿Qué más natural, por consiguiente, que llevarlos al teatro, concretarlos en personajes escénicos, darlos cuerpo y apariencias de realidad tangible?

La comedia de Tirso no es sino un alegato a favor de la tesis de Molina. Quien recibe la gracia y no coopera para hacerla eficaz la pierde y él se condena. El que pone su voluntad al servicio de ese favor de Dios se salva, y así el ermitaño Paulo verá deshecha por el ángel la corona que para él se tejió en el cielo y el bandido Enrico irá a gozar de la gloria eterna por su arrepentimiento y humildad.

Poco puedo decir yo del drama de fray Gabriel Téllez en estas notas teatrales rápidas, perjeñadas a guisa de información y sin pretensiones por parte mía de descubrir mediterráneos ni de pronunciar la última palabra en cuestiones tan complejas y difíciles. Revilla, Menéndez Pelayo y últimamente don Ramón Menéndez Pidal han estudiado a conciencia *El condenado por desconfiado*. No he de pisar el terreno a sabios con tanta justicia renombrados. Me limitaré a recomendar los *Estudios literarios* de Menéndez Pidal, libro en que se inserta el mencionado trabajo sobre la comedia de Tirso de Molina, quien a más de poner en el teatro una cuestión de mucho alcance social en su época, continuó una tradición ya bastante robusta al venir a sus manos. Toda la Edad Media ofrece en su curso numerosos ejemplos del problema de la predestinación. La leyenda de San Pafuncio y el ladrón que hay en las *Vitae Patrum*, algunas páginas del Infante don Juan Manuel y la serie bien cumplida de trovas sobre el mismo asunto que inició Fernán Sánchez de Talavera, uno de los poetas del *Cancionero de Baena*, forman ya de por sí muy ilustre abalorio al *Condenado por desconfiado*.

Tuvo, pues, esta obra dos condiciones importantísimas para alcanzar el éxito que todavía la acompaña: referirse a un capítulo de la ciencia del alma en el que estaba a la sazón muy interesada la sociedad española y contar con fuentes muy valiosas por su intensidad social, sus méritos literarios y su número.

Ricardo Calvo, que es uno de los actores españoles más cultos y con mayor sentido del teatro, ha querido incorporar a su repertorio esta joya espléndida de nuestra dramaturgia. En la actualidad—¿por qué no confesarlo?—la obra de Tirso ha perdido interés. Le queda la importancia histórica, el enorme valor de humanidad que todas sus escenas dimanan, la inspiración verdaderamente celestial que presidió a su factura, la armonía de los versos, lo acertado de la técnica, su posición en una corriente tradicional de nuestro teatro que nunca se debió perder... Pero el problema que allí se plantea y se resuelve nos deja un poco fríos. A los indiferentes en materia religiosa les tiene sin cuidado. Los católicos tratan de eso con su confesor, o hablando privadamente unos con otros. Sólo el genio de Tirso de Molina puede mantener aún interés social en una cosa tan contraria a las preocupaciones terrenas de nuestro siglo y conste que al decir terrenas no quiero decir materialistas. Lo relativo al espíritu se estima tanto o más que lo referente a la

materia, pero en cuanto tiene su finalidad aquí abajo, en la existencia actual del mundo que nos rodea y que muy pocos quieren dejar.

Ricardo Calvo se ha hecho una vez más acreedor a los más entusiastas elogios de las gentes instruidas por la resurrección escénica de esta obra genial que nos advierte lo mucho que valía en el orden moral y en los dominios de la inteligencia el pueblo español de la casa de Austria, cuando se deleitaba con piezas de esta índole.

¡Diferencia va con los tiempos de ahora! Los monopolizadores del cartel luchan de continuo contra la «funesta manía de pensar» y también de sentir. El vulgo afirma que vale más reirse, pero yo me pregunto: ¿dónde están las comedias y juguetes cómicos graciosos?

En Lara se está representando una adaptación de la novela de Pérez Lugín, *Currito de la Cruz*.

Lo confieso con toda ingenuidad y con toda franqueza. No he leído la novela. Dos tomos, menos aun, dos páginas de cosa que huelva a tauromaquia es algo superior a mis fuerzas; no lo resisto.

¿Es posible, me pregunto yo, que pueda sacarse de ese medio social tan español una obra que interese y perfeccione el alma? Ya que no había leído la novela quise ver la adaptación.

Autor y adaptación se acreditan en su empresa como hombres de talento si los hay. *Currito de la Cruz*, el honradísimo hospiciano que por el amor de una mujer realiza cosas grandes, es un hombre de acción que mata toros mejor que nadie, pero que no es torero. La habilidad de los autores ha consistido en servírnos un drama de ambiente popular, entre personajes primitivos, sencillos, sin la más leve complicación psicológica, que apenas tiene que ver con la afición a los toros.

Currito es un enamorado, de la especie del Juan José de Dicenta. Que sea torero es accidental. Su profesión y el ambiente en que la obra se desarrolla son a manera de purpura muy al exterior que cae, afortunadamente para los autores, en cuanto se rasca un poco con la uña. Conservemos los mismos personajes, los mismos caracteres, la misma acción dramática, con la diferencia de que *Currito* sea un obrero y no se acuerde uno para nada en el desenvolvimiento de la obra de que hay en el mundo toros y toreros. ¿Habrá perdido la pieza algo esencial que la haga cosa diferente de lo que es ahora? No. Luego la torería es allí vestidura, accidente, postizo que más bien perjudica el drama que lo realza.

A los enemigos de la inteligencia generales a todos los países modernos y que son los deportes, el maquinismo o mecanicismo y los negocios, se añade uno genuinamente español con dos manifestaciones hermanas que se llaman torería y flamenquismo. No creo que en literatura deba cultivarse ese microbio que tanto nos perjudica. Pero consideraciones tan generales no son de este lugar.

Pérez Lugín y Linares Rivas tienen el mérito de haber atraído al gran público en *Currito de la Cruz* con el espejuelo de la torería, sin haber hecho penetrar ese virus en la entraña de los personajes ni en la esencia de la obra literaria, a que prestan su firma valiosa.

¡Halagar igualmente al vulgo y a las personas refinadas! ¡Eso sí que es poner una vela a Dios y otra al diablo! Ciertamente que no podía esperarse menos del talento de ambos escritores.

LUIS ARAUJO-COSTA.

ESCRITORES ARISTOCRÁTICOS

EL XIV DUQUE DE VILLAHERMOSA

Es satisfactorio para la nobleza española contar entre sus antepasados ilustres guerreros, monarcas prudentes, sabios hombres de estudio y santos varones; pero no ha de ser menos grato para ella tener antecesores que fueron poetas inspirados, historiadores famosos, y, en general, escritores que han legado páginas imperecederas a la literatura patria, y de los cuales hoy se enorgullecen por igual sus descendientes y España.

Si es hermoso descender de Gonzalo de Córdoba o de Guzmán el Bueno, también lo es tener por abuelo a un don Pedro López de Ayala, o a un marqués de Santillana. Y si a tiempos más recientes nos referimos, ahí están los ilustres nombres de un duque de Rivas y un duque de Frías,—entre otros muchos—para probar la importante representación que ha seguido teniendo la nobleza patria en nuestra literatura.

De escritores contemporáneos, no queremos ahora hablar, porque ello es materia de otros artículos que en estas columnas han de ir apareciendo, si Dios quiere. Pero los nombres de Antonio de Zayas, duque de Amalfi, del marqués de Lozoya, del marqués de Vinent, del conde de la Viñaza, del marqués de Quintanar, del marqués de Laurencin, del marqués de Castel Bravo, del duque de T'Serclaes, del marqués de San Juan de Piedras Albas y de muchos más literatos ilustres pertenecientes a nuestra aristocracia, prueban, desde luego, que cada día el noble ejercicio de la pluma cuenta con más cultivadores entre las clases selectas de la sociedad española.

Entre los escritores pertenecientes a nuestra aristocracia que han dejado labor más meritoria, figura sin duda alguna el décimo cuarto duque de Villahermosa, cuyos méritos literarios le llevaron a la Academia Española. Fué el padre de la famosa duquesa que reunió, en los salones de su palacio del paseo del Prado, una verdadera corte de poetas, y que estuvo casada con el conde de Guaqui.

Don Marcelino de Aragón y Azlor, que además del mencionado título, ostentó el de conde duque de Luna y el de Jefe o pariente mayor de la Real Casa de Aragón, como descendiente de D. Juan II, nació en Madrid el 7 de Julio de 1815, aunque él se consideraba y todo el mundo le tenía por aragonés, siéndolo a toda ley en las condiciones de su carácter franco, leal y sobremanera perseverante y profundo en sus afectos.

Pertenecía a aquel género de aristocracia tradicional que, por lo mismo que lo es tan de veras, suele mostrar condiciones tan análogas a las del pueblo y conserva cierto modo de decir castizo, llano e instintivamente democrático.

«Tradicional era en su familia—dice el insigne don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su prólogo a las obras completas del duque—el amor a las letras y nunca habían faltado en ella las palmas del saber, no menos que las del valor, las del martirio militar y aun las de la santidad en grado heroico. La gloria de los dos hermanos Argensolas, en quienes se cifra el apogeo de la

cultura literaria de Aragón en nuestro siglo de oro, protege y ampara como sombra tutelar la casa de sus Mecenaz.»

Cita a continuación el ilustre polígrafo los eruditos, humanistas e historiadores de esta familia, entre ellos el abuelo del biografiado que, en el siglo XVIII, brilló por su cultura en Francia e Inglaterra, llegando a traducir en limpio francés *El Criticón*, de Baltasar Gracián, y traduciendo en cambio al castellano, en verso, los tres primeros libros de la *Eneida*.

No desmereció de tales precedentes la educa-

Idiáquez, hija de los duques de Granada de Ega. De este matrimonio tuvo un hijo, fallecido en edad temprana, y una hija, doña María del Carmen, que fué andando el tiempo la duquesa de Villahermosa a que antes nos hemos referido, dama de rara hermosura y gran piedad, que prestó siempre generosa protección a las Letras y las Artes.

Tres años antes de morir el duque, o sea en 1885, la academia Española le abrió sus puertas, para premiar el mérito de sus trabajos literarios y, especialmente, el de su traducción de *Las Geórgicas*, de Virgilio, que obtuvo en 1881 gratísima acogida entre los humanistas españoles.

«Conocimiento profundo, no ya de las dos lenguas, sino de sus recursos poéticos y de los ápices del estilo del autor; talento de versificador flexible y dócil, como se exige de quien ha de interpretar eximetros de tan varia y paciente labor, no fáciles y adandonados como los de Ovidio, ni monótonos y de un mismo son como los de Lucano, siempre en la misma cuerda recia y tendida; sencillez y llaneza rústica a las veces, otras amplitud y elocuencia, y en todo ello un desembarazo y gala que no parecen de estos tiempos, y que arguyen la mejor y más generosa educación clásica, hallará en la versión de usted, amigo duque, quien quiera que con la atención debida a tan largo trabajo la examine.»

Y esto que decía al feliz traductor el mismo Menéndez y Pelayo hablando de *Las Geórgicas*, vinieron a opina: también otros prestigiosos críticos de la época.

Prosiguiendo en este género de tareas, el duque de Villahermosa hizo la traducción del primer libro de los *Tristes*, de Ovidio, de varias sátiras de Juvenal y del poema *De cultu hortorum* de Columela. Su discurso de ingreso en la Academia fué un trabajo de gran erudición, con investigaciones y juicios propios que acreditan su depurado gusto y el conocimiento que tenía de las cosas históricas de Aragón y muy en especial de la vida y escritos de los hermanos Argensolas.

Pero aún hizo el duque de Villahermosa otro servicio a la cultura patria: el de haber sacado a la luz pública el libro de los *Comentarios del conde de Luna*, considerado como el documento más importante para comprender el verdadero carácter de las alteraciones de Aragón en tiempos de Felipe II.

«Humanista consumado, hábil traductor, poeta clásico y prosista acendrado y castizo», el décimo cuarto duque de Villahermosa constituye un timbre de orgullo legítimo para la ilustre familia que hoy ostenta ese título.

Escritor nobilísimo, por todos conceptos, fué el duque un viviente ejemplo de estudio, laboriosidad y cultos entusiasmos.

Bien puede afirmarse, pues, que en el prócer académico supieron aunarse, en fraternal consorcio, el aristócrata y el literato. Por ambas cosas el recuerdo de don Marcelino de Aragón y Azlor vivirá perdurablemente, al través de las generaciones, en la memoria de los hombres cultos, aficionados al ejercicio de las Letras.

ITURRALDE



Don Marcelino de Aragón y Azlor, XIV duque de Villahermosa.

ción literaria del décimo cuarto duque de Villahermosa. Su primera instrucción la recibió en París, durante los años en que su padre—inteligente y estimado diplomático—fué Embajador de España en Francia. De vuelta en Madrid, ingresó el futuro duque, con sus hermanos, en el Real Seminario de Nobles, que dirigían los Padres de la Compañía de Jesús. Por aquella época hizo el entonces conde duque de Luna sus primeros ensayos poéticos, en los que ya pudo advertirse una sólida cultura clásica y una pureza, nada vulgar, de gusto, formado con el trato asiduo de los mejores modelos latinos.

Los primeros años de la guerra civil los pasó luego el joven estudiante en Valladolid y Valencia, estrechando lazos de amistad con Zorrilla, Miguel de los Santos Alvarez y otros jóvenes poetas. Poco después comenzó su vida política, representando un distrito de Aragón como diputado y siendo luego senador por derecho propio.

El duque de Villahermosa casó en Marzo de 1841, en Toulouse, con doña María Josefa de

ANTE EL RETABLO DE LA SEO

LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES EN EL ARTE



Detalle de la Virgen el Niño y el Rey Melchor.

Las escenas religiosas, en las que la piedad y el fervor producen en todo espíritu una emoción indefinible pero incuestionable, han tenido siempre expresiones gráficas muy distintas en el arte de todos los países. Todos los momentos culminantes de la vida del Salvador, desde su nacimiento hasta su muerte, han sido recordados en miles de reproducciones destinadas a mantener, por medio de la contemplación de imágenes, la devoción y el culto por las cosas sagradas. De tantas obras de arte producidas durante los veinte siglos, aún no terminados, que van corridos de Cristianismo, muchas, y acaso muy importantes, se habrán perdido; pero muchas también viven, para bien de la Religión y del Arte, y algunas con la fuerza de la inmortalidad, debida a sus excepcionales méritos y bellezas.

Acabamos de pasar por unos días de fiestas tradicionales en que hemos conmemorado el nacimiento del Hijo de Dios, y sin querer han acudido a nuestra imaginación innumerables cuadros, tapices, bajorelieves, esculturas y otras obras de arte en que se rinde culto a tan transcendental acontecimiento. Entre los diversos asuntos que suscitan el interés de los artistas, se destaca, sin embargo, con especial predilección uno que acaso logre el favor por la ternura y aun por la significación que tiene.

Nos referimos a la Adoración de los Reyes. Aquel momento en que los tres Soberanos de Oriente acuden a postrarse de hinojos ante el divino Niño recién nacido, depositando al pie del pesebre humilde las ricas ofrendas de que son portadores, tiene un poder simbólico que ha sido reconocido forzosamente al través de los tiempos y de los países. Para los niños de hoy los Reyes Magos siguen trayendo ofrendas todos los años, en conmemoración de aquel memorable día. Y ello no quiere decir sino que el simbolismo se perpetúa y que la escena del portal debe seguir teniendo para todos el mismo interés y la misma emoción.

De ahí que los artistas de todas las edades se han inspirado constantemente, para sus obras, en la Adoración de los Reyes. Velázquez y Memling, Rubens, Tiziano y el Veronés en sus cuadros sobre este asunto existentes en nuestro Museo del Prado—todos ellos muy conocidos—; Barbarelli, Fra Angélico, Filippo Lippi, el mismo Veronés y Rembrandt en los lienzos que figuran en la *National Gallery*, de Londres; Luca Signorelli, Ghirlandajo, Leonardo de Vinci, Cosimo Rosselli y Alberto Dureró, en los de la Galería de Uffizi, de Florencia y otros famosos artistas cuyas obras son orgullo de la Pinacoteca de Munich, de los Museos de Bruselas y Dresde, de la Galería Borghese de Roma y de otros importantes Museos, nos han legado una visión artística de aquel divino momento de la Adoración, tan bella y tan emotiva que puede considerárseles como verdaderos colaboradores en la obra de mantenimiento y exaltación de la devoción religiosa.

Pero no ha sido solamente en pinturas valiosas como se ha reproducido por los artistas la Adoración de los Reyes. En bordados, como los de una casulla que se conserva en el Museo de Cluny, en París; en cerámica, como varios objetos pertenecientes a la familia italiana della Robbia; en dibujos, algunos tan curiosos como los estudios de Leonardo de Vinci, que hay aún en el Museo del Louvre; en esmaltes, tales como el de la conocida Colección Barnola de Barcelona; en frescos, como el del Perugino, sobre el cual pintó Miguel Ángel, tapándolo antes, su *Juicio Final* de la Capilla Sixtina; y en marfiles, miniaturas y mosaicos de todas clases han recordado los artistas el ejemplar momento.

Pero, acaso, después que en cuadros, donde más se haya representado la Adoración sea en vidrieras y relieves. Sobre todo en esta clase de escultura, se ve tratado mucho el asunto en templos religiosos. Son célebres los relieves, con escenas de los Reyes Magos en el portal, de la Catedral de Siena, de la de Pistoia, de las puertas del Baptisterio de Florencia, de Santa María la Mayor de Roma y de la Capilla Piccolomini de Nápoles.

En España también tenemos una muestra muy importante de relieves relativos a la Adoración. En realidad, hasta fecha reciente, no ha sido apreciado en todo su valor el trabajo artístico que representa el retablo mayor de la Catedral de la Seo, de Zaragoza, cuya parte central es una escena de aquel asunto. «Es una verdadera filigrana», ha sido la frase de un competente crítico de arte.

Nosotros, que lo hemos examinado recientemente con el doble

interés que ofrece una obra artística cuando es, por razón de la época del año, de una relativa actualidad, hemos podido comprobar el mérito que en realidad tiene esta «joya primorosa y maravilla artística», según calificación del canónigo y catedrático don Antonio Magaña, especializado en el estudio de los Monumentos de aquella histórica ciudad.



Figuras de los Reyes Gaspar y Baltasar.

Es esta bella composición, como hemos dicho antes, el compartimiento central del retablo, que, como todos los de su época—siglo XV—se ajusta a la forma triptica. La estructura general de la obra, debida a Pedro Johan de Vallfogona, denota el apogeo de perfección y grandeza a que llegó el estilo ojival en su periodo de engrandecimiento y suntuosidad. En cada uno de los compartimientos se desarrolla un pasaje bíblico de la vida del Salvador, ajustados a representar tres maravillosos misterios de Jesús, en conformidad con el carácter religioso del templo que lleva por lema «El Salvador». Los de los costados reproducen la *Transfiguración* y la *Ascensión*, y el del centro, según venimos diciendo, la *Epifanía*.

«Inspirada en el más puro realismo y en la mayor naturalidad de concepción—escribe el señor Magaña—, tiene en su fondo todo un poema bíblico expresado, con verdadera emoción sagrada, en la religiosa expresión de los personajes, en la acertada disposición de los mismos, y, en general, en la minuciosidad de detalles con que el autor ha enriquecido su obra.

«Inspirada en el más puro realismo y en la mayor naturalidad de concepción—escribe el señor Magaña—, tiene en su fondo todo un poema bíblico expresado, con verdadera emoción sagrada, en la religiosa expresión de los personajes, en la acertada disposición de los mismos, y, en general, en la minuciosidad de detalles con que el autor ha enriquecido su obra.

Aparece en primer término, bajo el clásico portal, el grupo de San José y la Virgen, que lleva en su regazo al Divino Infante, ostentando en sus manos la moneda de oro, ofrenda del Santo Rey Melchor, que postrado de rodillas adora el piececillo del Santo Niño. En el interior del pórtico se divisan las bestias que moraban en aquel establo y la estrella que se paró sobre él.

En el otro extremo y en su primer término se ve al Rey Gaspar, depuesta la Corona y esperando que le llegue el turno para postrarse ante el Divino Jesús y ofrecerle sus dones; detrás de él, se destaca del fondo de la cuadra el Rey Baltasar preparando su ofrenda. La parte superior del cuadro la ocupan las cabalgaduras de los Santos Reyes con sus palafreneros o pajes y en lo más alto un grupo de pequeñas casitas, corderitos y pastores representa la dichosa ciudad de Belén y los afortunados pastorcillos primeros que recibieron la grata nueva del nacimiento del Mesías.

Estudiar cada una de las figuras de este incomparable cuadro, sería prolija labor. Todas están trazadas con soberana maestría y con un dominio del arte superior a toda ponderación. La expresión de los rostros, perfectamente marcada en cada uno de los personajes, según el oficio que desempeñan, y la esbeltez y movimiento del ropaje, rico y suntuoso en ornamentación, denotan el estudio y conocimiento de la época. Y lo que es más de notar es el espíritu que anima la escena, tan perfectamente estudiada que no cabe más ajuste a la naturalidad de expresión, poco común en estas obras góticas, en las cuales domina más el fondo que la forma.

No se ha omitido detalle para presentar con toda su naturalidad el místico pasaje de la Vida de Jesús. La apuesta figura de la Virgen Madre, impregnada de humildad y de sencillez; la modestia y recato del Santo Patriarca y la bondad divina de Jesús, tienen un sello de beldad y realismo que enamoran; y conquistan la arrogancia y majestad de los Monarcas orientales, al deponer toda su grandeza ante la humildad y pobreza del Dios del cielo y de la tierra, Rey de Reyes y Señor de los que dominan.»

Tal es el trozo principal del retablo de alabastro de la Seo. Las figuras fueron esculpidas por el maestro Ans Piet Danzó a fines del citado siglo XV.

Y en ésta, como en las demás buenas obras de arte inspiradas en el momento de la Adoración, la emoción de la escena es tal, que impresiona y cautiva hoy lo mismo que hace centenares de años. Por eso, al llegar éste de 1924, hemos podido contemplar en el día de la fiesta de Reyes, el retablo de la Catedral zaragozana, con emoción parecida a la que experimentaron quienes en 1473 contemplaron por vez primera el cuerpo principal del retablo recién salido de las manos del artífice. Es decir, con una emoción pura, intensa y verdadera.

JUAN DE AVILES.



San José. Al fondo, el establo.



Conjunto de la composición escultórica.



El Rey Baltasar, preparando su ofrenda.



El Rey Gaspar, ante el Divino Niño.



Epistolario Madrileño

¿ABURRIMIENTO O DIVERSIÓN?

Madrid, Enero. — ¡Qué soso, pero qué retesosisimo tienen ustedes, los madrileños, a este Madrid de sus amores! Cuando yo llegué el otro día, señor León Boyd, pensando en lo que iba a divertirme en las fiestas de fin de año o de comienzos del presente, no tenía idea de lo que me esperaba. Pero, ¿es que aquí se ha perdido el humor? Si es eso, yo no lo puedo consentir; que madrileña soy también, y a mucha honra, y aunque vuelvo de Barcelona encantada de lo bien que lo he pasado allí, no quisiera que se pudiese decir jamás que se pasa en parte alguna el invierno mejor que en Madrid.

Y, sin embargo, ¡qué triste realidad! Fuera de las funciones de los teatros, de algunas reuniones íntimas—a las que sólo ha asistido el reducido número de las amistades de cada familia—, y de las fiestas de los grandes Hoteles, no ha habido, en estos días pasados, adonde ir a pasarlo bien.

El Ritz se portó, como siempre, estupendamente. Gracias al señor Montllor, hubo alegría aristocrática en la noche de fin de año. A los que fuimos nos daban al entrar sombreros de papel y unas corchetillas con las que pronto se armó un ruido infernal.

Al dar las doce companadas el reloj del Hotel, se apagaron las luces; por las ventanas exteriores penetraron las rojizas luminarias de las bengalas. Era el momento solemne del misterioso tránsito de un año a otro. Una ensordecedora algarabía de gritos, trompetillas y risas saludó la entrada del año nuevo, apenas engullidas las uvas. Yo me atraganté varias veces.

Los extranjeros, según su exótica costumbre, cambiaron ruidosos besos para completar el augurio del año. Los españoles levantamos las copas de *champagne* por la prosperidad del año nuevo.

Restablecida la normalidad se organizó el baile, que resultó animadísimo, como nunca. Se bailó en el salón, en el *hall*, en el comedor, en los salones particulares, dondequiera que había espacio para ello. La orquesta de Boldi y otras músicas tocaron sin descanso y el divertido baile no terminó hasta bien entrada la madrugada.

¿Ve usted? A la fiesta del Ritz no hubo que ponerle *pero* alguno. Fuimos a divertirnos y nos divertimos.

¿Quiénes fuimos? Eso es ya tarea más difícil. A la comida espléndida que precedió a las uvas concurren, entre otras personas, la Princesa y el Príncipe de Ligne, con varios extranjeros; la señora viuda de Bauer, con la señorita de Bertrán de Lis; los señores de Bauer (don Ignacio) y su hermano don Eduardo; el general Borbón, su esposa y su encantadora hija; familias de Gasset y de Bermúdez Reina; señora de Drake de la Cerda y sus hijos; marqueses de Aranda, Tenorio, San Miguel, Santa Lucía y Leis; señores de Astoreca, Proctor, Cánovas, Melgarejo, Luque y Lamarca; señora de Escardó; señora viuda de Vigo y sus hijos, el ex-ministro don Natalio Rivas, los marqueses de Castell Bravo y Vivel, el conde de Campo Giro, el general Saro y los señores Aguilera, Rózpide, Urquijo, Velasco, Berges y otros muchos.

Después de aquella noche no lo he vuelto a pasar bien hasta la del otro día en que asistí a la función del Real. ¡Vaya un segundo turno! Esto ya es otra cosa. Cuando me asomé al palco y vi la sala, se me escapó de los labios esta frase: ¡Esto sí que es Madrid!

Todo eran caras conocidas. Como que yo no lo pude remediar: tiré de papel y lápiz y fui apuntando nombres. Ahí va la hojita del *carpet*: «En su palco, los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria y la Infanta Doña Isabel.

En los otros palcos, los Príncipes Max Egon de Hohenlohe, con su hermano el Príncipe Constantino; la marquesa de Benicarló, su hija y la señorita de Muguero; duquesas de Dúrcal y de la Victoria, marquesa de Hoyos y su bella hija la duquesa de Algeciras;

Duquesa de Santa Elena, marquesa de Aranda y señorita de Ozores; duquesa de Maqueda y señoritas de Hornachuelos; condesa de Florida-blanca y marquesa de Seijas; señora de Díez de Rivera, sus hermanas las señoritas de Oquendo y los señores de Vollenhoven; condesa de Atarés y señoritas de Albaserrada; marquesa de Salinas y señoritas de Muguero;

Marqueses de Camposanto, marquesas de Cavalcanti y de Caicedo y condesa de Torre de Cela; vizcondesa de Garcigrande y su hija; condesa de Medina y Torres, con sus hijos y su sobrina la señorita de Esteban; señora viuda de

los condes de San Luis. A este almuerzo asistieron muchas personas conocidas. La condesa—que, como usted sabe, es una distinguida escritora que estrenará en breve su comedia *Don Juan no existe*—, tenía a su derecha al jefe de los conservadores, don José Sánchez Guerra, que es un *causseur* amenísimo, y a su izquierda al ex-ministro don Joaquín Salvatella, hoy ya vizconde de Torre Almiranta. Vera Vergani daba su derecha al dramaturgo Eduardo Marquina, y la izquierda, al dueño de la casa. Los demás comensales eran el actor Cimara, el cronista señor Rodríguez de la Escalera y don José Sartorius y Díaz de Mendoza.

Otra comida elegante de estos días, ha sido la dada en la Legación de Portugal, por los señores de Mello Barreto, en obsequio del Presidente del Directorio general Primo de Rivera. Fueron además los comensales: el subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; el embajador de Inglaterra y lady Isabela Howard; el ministro de Suiza y madame Mengotti; el ministro de Holanda, M. Mervill; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla; el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el conde y la condesa de Gimeno; el duque y la duquesa de Vistahermosa; el secretario de Su Majestad, don Emilio María de Torres; el consejero de Bélgica y la Princesa de Ligne; las señoritas Concepción Heredia y María Cardona; el señor y la señora de Fernández de Alcalde; el consejero de la Legación de Portugal y madame de Jorge dos Santos; el secretario de la misma y madame Alvarez de Souza; el agregado militar y madame de Pereira Lourenço, y el cónsul general de Portugal, don Félix de Carvalho.

Las noticias de la anterior comida, las tengo por referencias porque no asistí a ella; en cambio si estuve en una recepción que la señora viuda de Bauer y sus hijos dieron en su residencia de la calle de San Bernardo. Concurrieron muchos representantes del Cuerpo diplomático y de la sociedad de Madrid. Los aficionados al *bridge* organizaron sus partidas. Y yo, —y conmigo otras muchas personas— me dediqué a admirar las muchas obras de arte de aquella casa: un cuadro de Goya, una rica colección de tapices, una serie de preciosos cueros repujados de Córdoba y no sé cuántas cosas más, todas de gran valor.

Muy distinta fiesta—como que fué al aire libre—, fué la celebrada en la finca de los duques de Albuquerque «El Soto», para correr la primera prueba de la copa de Algete, que anualmente regala el dueño de la finca y que se disputan siempre los mejores galgos.

La prueba resultó en extremo interesante, y obtuvieron puntos en ella los perros Troya, Bonita, Payaso, Terrible, Cebra y Lenta.

Asistieron a la prueba la princesa de Ligne, duquesas de Albuquerque y del Infantado, marquesas de Villabragima y Almenara y señoritas de Alvarez de Toledo, Muguero, Alcázar y Villaverde.

Príncipe de Ligne, Duques de Albuquerque y Gor, marqueses de Villabragima, Trujillos, Torneros, Las Nieves, Laula y Luque; condes de Lérida, Canillas de los Torneros y Arenales, y señores Martín, Morales, Tellauche, Escobar, Rodríguez (D. Adelaido), Pozuelo, Moreno (don Antonio y don José Luis), Rodríguez Pérez, Sánchez Guerra (D. Rafael), Penche, Fernández de Córdoba, Calin, Villanova y otros.

Los invitados fueron luego amablemente obsequiados con un espléndido *lunch* por los duques de Albuquerque.

¿Qué más cosas puedo contarle, señor Casal? Como no sea que los lunes por las noches sigue viéndose el Ritz animadísimo...

El último lunes comimos a los sonos de la orquesta Boldi. Ya sabe usted que Boldi vuelve a



Mme. Dagmara Renina.—El lunes 28 de enero, se verificará en la Sociedad Filarmónica un recital de canto por la artista rusa Mme. Dagmara Renina, muy estimada en la sociedad madrileña y que, como verán nuestros lectores, une su belleza de mujer a sus méritos de cantatriz.

Núñez de Prado; marqueses de Tenorio y señorita de Alonso Gaviria; señora de Pelizaeus y señora de Heberlein.

También la vizcondesa del Castillo de Génoves y las señoras y señoritas de Roda, Heredia-Spinola, Benavente, Martínez Nacarino, Padrós, Olanda, Agulló, Ruíz de la Prada y otras muchas.

De otras cosas de teatros nada más puedo decirle, como no sea algo de la compañía italiana de Dario Niccodemi. Pero esta se marchó ya a Barcelona y hablar de ello huele ya a puchero de enfermo. Lo que sí recordaré es que la ilustre Vera Vergani, no se fué sin haber recibido un justo homenaje de la intelectualidad madrileña y sin haber sido obsequiada con un té en casa de los señores de Laiglesia (don Eduardo), y con un almuerzo íntimo en la residencia de

estar en predicamento. En el comedor se hallaban, entre otras personas bien, el Embajador de Alemania, barón Langwerth von Simmern; los Príncipes de Ligne, condes del Rincón, marqués de Aranda, Montortal, Benicarló y Tenorio; barones de Velli, marqués del Albaicín y su hija, señores de Proctor, Luque, Bascaran y Giquel; señoritas de Lécera, Crecente, Salcedo, Argüelles y Ozores; marqués de Castel-Bravo; don Carlos Corbi Orellana, y otras muchas personas.

Terminada la comida, se organizó un precioso baile... a consecuencia del cual cogí un catarro, que he estado dos días en cama. ¡Lo que bailé! Es que el nuevo repertorio de los Boldi, es extraordinario y no hay manera de perder un solo baile.

Pero, ya estoy bien. Ya estoy en disposición de no dejar de asistir a la boda de Tola Viana. ¡Será un acontecimiento de verdad! ¡Cuarquier día me lo pierdo yo!

Me figuro que ya estará usted pensando que

no lo paso tan mal como antes le decía. Tenga en cuenta que es que yo voy a todo lo que hay de nuevo y de atrayente, y que si esto estuviera, de verdad, divertido, yo no tendría tiempo para ir a todas partes.

Bueno, amigo León Boldi, le dejo. Ya seguiré otro día, porque hoy... me falta tiempo. Y usted disculpe a

UNA EX COLEGIALA DESENVUELTA.

BODAS ARISTOCRÁTICAS

EN el santuario del Perpetuo Socorro, embellecido con flores blancas y plantas, y profusamente iluminado, se ha celebrado la boda de la bella señorita Pilar Pardo-Manuel de Vilena y Jiménez, vizcondesa de Torre-Almiranta, hija de la marquesa de Casa-Ximénez y del difunto duque de Arévalo del Rey, con el ex-ministro liberal don Joaquín Salvatella y Gibert.

A los acordes de una marcha nupcial hicieron su entrada en el templo los novios y sus padrinos. Eran éstos la marquesa de Casa-Ximénez y el ex-presidente del Consejo de ministros conde de Romanones.

La novia lucía precioso traje de tisú de plata, estilo medieval, regalo del novio, con velo de encaje isabelino, regalo de su madre.

La cola era llevada por el niño José María Amado, hijo del ex-gobernador de Barcelona, don Julio Amado.

Actuaron de testigos, por parte de ella, su padre político, el marqués de Casa-Ximénez; el hermano, duque de Arévalo del Rey; su tío, el marqués de Rafal; el marqués de Tenorio, don Fernando Arniches y Moltó y don José Sartorius y Díaz de Mendoza, y, por parte del novio, los ex-presidentes del Consejo de ministros, don José Sánchez Guerra y marqués de Alhucemas; el ex-ministro, conde de López Muñoz, el conde de Lavern y el ex-diputado don José María Gastón.

Bendijo la unión el reverendo padre Damarra, rector del Santuario del Perpetuo Socorro.

Entre la concurrencia, que era muy numerosa y distinguida, figuraban la marquesa de Rafal y su hija la vizcondesa de Peña Parda, las señoritas de Hornachuelos, el marqués y la marquesa de Torre Ocaña, la marquesa de Zahara, la de Tenorio; condesa de Arenales, marquesa de Bajarra y su hija la señorita de Porlier, la condesa de Buena Esperanza y sus hijas, la duquesa de Sueca, la condesa de Floridablanca, la marquesa de Bendaña y su hija, la marquesa de Aldama, la de Casa Pizarro, las señoras y señoritas de Ussia (don Ramón y don Jesús), Canthal, del Río, Rúspoli, Castillejo y Wall, Barbería, Aparicio, Beruete (don Tobías), Fleischner, Bascaran (don Fernando), Miláns del Bosch, Pérez Seoane, Silva y Goyeneche, Cejuela, Garay, Moreno Osorio, Valdés Fauli, Alonso Castrillo, Romeo, Soriano y otras muchas.

Durante la ceremonia, una orquesta ejecutó diversas composiciones, y la señora de don Enrique Ordóñez cantó magistralmente el «Ave María» de Suzzi.

Después se trasladaron los invitados a la elegante casa de los marqueses de Casa-Ximénez, donde se sirvió una espléndida merienda. La gente joven organizó un baile, que resultó muy animado.

Los vizcondes de Torre-Almiranta salieron en viaje de novios para París, Bruselas y otras ciudades del extranjero.

A las muchas felicitaciones que recibieron, unimos la nuestra muy cariñosa.

SE ha celebrado, en la Iglesia de San Jerónimo el Real, el enlace de doña Mercedes Lorenzale y Pascual con el joven abogado don Arturo Alesanco Gómez, hijo del ex-diputado a Cortes don Antonio Alesanco.

Fueron apadrinados por doña Petra Gómez Peña, madre del novio, y don Joaquín Lorenzale, padre de la novia.

Bendijo la unión el reverendo padre José Dueso, de los misioneros del Corazón de María, oficiando de juez don Mariano Avellón, magistrado del Tribunal Supremo. Deseamos a los nuevos esposos eternas felicidades.

OTRAS bodas. En San Juan de Luz se ha celebrado el matrimonio de la bella señorita María Luisa Lardizábal y Silva, nieta de los difuntos condes de Pie de Concha y sobrina de S. A. la duquesa de Talavera, con el conde Juan de Bagneaux. Asistieron al acto el Infante don Fernando y la duquesa de Talavera.

Y en la madrileña Iglesia de la Concepción ha sido bendecida la unión de la bella señorita Elisa de Salas y Pintó, hija del capitán de fragata, agregado naval a la Embajada de España en Italia, con don José María Escriña y Montes.

Sean muy felices las dos nuevas parejas.

LOS señores de Cárcer han pedido para su hijo el capitán de Infantería don Fernando, la mano de la señorita Lolita L. de Goicoechea.

POR la señora viuda de Aguilar, y para su hijo don Lorenzo Aguilar y Arnao, ha sido pedida la mano de la bella señorita Carmen Garelly y de la Cámara. La boda se celebrará en los primeros días de Marzo.

TAMBIEN han sido pedidas las manos: de la señorita Rosa Piñal, sobrina del difunto barón de la Vega de la Hoz, para don José María Castilla, ingeniero industrial, hijo del registrador de la Propiedad del distrito de Occidente, de Barcelona; de la señorita Dolores García San Miguel y Uría, hija de los marqueses de Teverga, para el capitán de Ingenieros don Amaro Mesas; y de la señorita Mercedes Pastor, residente en Biarritz, para un hijo de los señores de Candamo, pertenecientes a aristocrática familia, emparentada con muy nobles casas de esta corte.

HOY 15 se habrá celebrado en San Sebastián la boda de la encantadora señorita Mercedes Jáuregui y Muñoz, hija de la vizcondesa de la Alborada y hermana del marqués de Villa Marcilla, con el opulento joven mejicano don Florencio Gavito.

SE ha fijado para el día 28 del corriente la boda de la bella señorita Ignacia Dorado y Rodríguez de Campomanes, hija de los marqueses de Villanueva de la Sagra, condes de Campomanes, con el capitán de corbeta don Bernardo Pereira Borrero.

EN San Sebastián se ha celebrado, en la parroquia de San Ignacio, la boda de la bella señorita Mercedes de Jáuregui y Muñoz, hija de la vizcondesa de la Alborada, con el señor don Florencio Gavito, perteneciente a distinguida familia mejicana, que reside desde hace muchos años en París, en cuya sociedad es muy estimada.

Este enlace ha constituido un grato acontecimiento para la sociedad donostiarra, en la que es tan estimada la gentil novia, como lo es toda su ilustre familia. Como es sabido, es hija del difunto marqués de Villa Marcilla, de noble familia navarra, y por su madre, la vizcondesa de la Alborada, Grande de España, es nieta de los duques de Riánsares y biznieta de la Reina Gobernadora.

Las simpatías que goza la señorita de Villa Marcilla se han patentizado en la gran cantidad de valiosos regalos que con motivo de su enlace ha recibido, de los cuales luego hablaremos.

El templo de San Ignacio se hallaba adornado con guirnaldas de blancas flores y hermosas plantas. A los acordes de una marcha nupcial, hicie-

ron su entrada los novios y sus padrinos, que eran la señora de Gavito, madre del novio, y el duque de Tarancón, tío de la novia, que había llegado de Biarritz con su familia.

La novia lucía precioso traje de tisú de plata, con manto de soberbios encajes, y se adornaba con un hermoso hilo de perlas en la garganta y magníficos solitarios en las orejas.

Actuaron como testigos, por parte de ella, su hermano el marqués de Villa Marcilla, el marqués de Atarfe, el conde del Recuerdo y el señor Aristeguieta, y por parte de él, su hermano don Leopoldo Gavito, el vizconde de Suzannet, don G. I. Limantour, representado por el señor Mazarrasa, y el coronel Porfirio Díaz representado por don Carlos García Ogare.

Durante la ceremonia, una notable orquesta y voces del Orfeón ejecutaron diversas composiciones.

Los recién casados señores de Gavito, salieron para Biarritz, donde tienen su casa, y luego emprenderán un viaje por Suiza y otros países extranjeros.

Días antes de la boda desfiló toda la sociedad donostiarra por la residencia de la vizcondesa de la Alborada para ver los regalos recibidos por la bella novia.

La canastilla de la señorita de Villa Marcilla ha sido espléndida. Llamó la atención toda la ropa de la novia, así la blanca por sus primorosos bordados, como la de seda, que es una maravilla.

El traje de boda, regalo del novio, ya ha quedado descrito. Con otros trajes y diversas prendas, era muy elogiado un abrigo de bisonte, que la señora de Gavito ha regalado a su futura hija política.

En la exposición atraían principalmente las miradas las joyas, que formaban una interesantísima colección.

La vizcondesa de la Alborada, marquesa viuda de Villa Marcilla, ha regalado a su hija un magnífico hilo de perlas, una sortija de brillantes y rubíes, y otra con diamante tallado, en forma de corona Real: un reloj de esmalte y un hermoso lavabo de plata, que perteneció a su abuela, la Reina Gobernadora Doña María Cristina, y que después fué usado por los duques de Riánsares, abuelos de la novia.

La señora de Gavito, a la que ya es su hija, una soberbia diadema de hermosos brillantes; el novio, a su prometida, pulsera de brillantes y una sortija con cabujón, de esmeralda. La novia, al señor Gavito, botonadura de brillantes y zafiros. La vizcondesa de la Alborada, al que ya es su hijo político, hermosa perla de alfiler de corbata.

La señorita de Jáuregui, a su cuñado, una pitillera de oro y esmalte, y don Leopoldo Gavito, a su hermana política, pendientes con solitarios y broche de brillantes y zafiros.

El marqués de Villa Marcilla al novio, botonadura de zafiros y brillantes, y el señor Gavito, a su cuñado, también botonadura de las mismas piedras.

Los duques de Tarancón, a su sobrina, un saco de viaje con *necessaire* de oro y concha; los condes del Recuerdo, reloj de pulsera de brillantes y platino.

La falta de espacio nos impide publicar la lista completa de los regalos. Con decir que suman varios centenares de valiosos presentes, dicho queda que la lista constituye una verdadera manifestación de las simpatías que en la sociedad aristocrática gozan la que ya es señora de Gavito, y su ilustre familia.

Reciban los nuevos esposos nuestra más efusiva felicitación.

DEFENSIVA EN EL NORTE

I

MANDO DEL GENERAL QUESADA ARBOLANCHA

NOMBRADO el 24 de Febrero de 1875, General en Jefe del Ejército del Norte, el Teniente General, con mando hasta entonces en el Centro, don Genaro Quesada, en sustitución del Teniente General don Manuel de la Serna, por dimisión y pase de éste

al Cuarto Militar del Rey; constituían el Ejército de operaciones en las Provincias Vasco-navarras y confines orientales de Castilla, 96 batallones, 8 regimientos de caballería, 14 baterías montadas y seis de montaña, 21 compañías de Ingenieros y algunas fuerzas irregulares; que hacían un efectivo de 78.782 infantes, 2.651 jinetes y 96 piezas, organizados en tres Cuerpos y las llamadas divisiones de Vizcaya y de la Rioja, a las órdenes respectivamente de los Tenientes Generales, don Joaquín Bassols, don José Ignacio Echevarría, don José de la Loma, el Mariscal de Campo don Manuel Salamanca y el Brigadier don José Jaquetot, y siendo Jefes de E. M. G., sucesivamente, el Mariscal de Campo don Emilio Terrero, el Brigadier Assin y el Mariscal de Campo O'Ryan.

De estas tropas guarnecían los fuertes, las plazas y numerosos puntos de la línea del Ebro, 13.900 bayonetas, 298 lanzas y sables, seis cañones y 793 individuos de fuerzas irregulares, quedando disponibles para las operaciones 64.275 hombres, 2.353 caballos y 90 piezas de artillería.

Ocupa el 1.º Cuerpo la línea del Arga, desde Pamplona hasta Tafalla, el 2.º el macizo de Esquinza, prolongándose hasta Lodosa, y tiene el 3.º una división en el Valle de Mena y otra en Guipúzcoa, desde las orillas del Oría a las márgenes del Bidasoa. La división de la Ribera se acantonaba en Larraga y presta el servicio de convoyes entre Oteiza y Tafalla, y la división de Vizcaya ocupa la zona de Bilbao. Numerosos destacamentos de los Cuerpos 1.º, 2.º y 3.º, guarnecen la línea del Ebro, por Alfaro, Calahorra, Logroño, Laguardia, Haro y Miranda, y por el Valle del Zadorra, aunque aislados y rodeados los puestos de enemigos, hasta Vitoria, plaza fortificada. En Tafalla queda establecido el Cuartel General y los grandes depósitos de víveres y municiones.

El plan adoptado por el General Quesada era el de una completa defensiva, en tanto no estuviesen terminadas las obras de fortificación que se proyectaban en Esquinza, plan por completo de acuerdo con las resoluciones tomadas en el Consejo de Generales, bajo la Presidencia de S. M. el Rey, celebrado en Puente la Reina, el 6 de Febrero.

Esta fué la causa de que el ex-Comandante en Jefe don Manuel de la Serna, de ningún modo conforme con que se suspendiesen las operaciones ofensivas hasta tener aseguradas las líneas del Arga y del Esquinza, presentase la dimisión.

«Opinaba La Serna, dice la «Narración Militar de la Guerra Carlista», que la moral del enemigo estaba quebrantada, pues si bien había obtenido la victoria de Lacar, no compensaba esta de ninguna manera el efecto que en sus huestes produjo el abandono de

las posiciones del Carrascal; por lo cual consideraba conveniente continuar el movimiento de avance a Estella, siguiendo el plan que se había adoptado».

Bien pronto empezaron los trabajos en Monte Esquinza, desde Oteiza a Puente la Reina, para enlazar después con líneas de trincheras por Añorve y Sierra del Perdón.

Dando frente a las imponentes alturas que circundan a Estella, se construían cuatro reductos. Uno en la falda del Esquinza, que mira a Oteiza y que debía de llamarse «Princesa de Asturias»;

batir los montes que forman la vertiente Sur de la Sierra del Perdón.

Estas defensas serían artilladas con cañones de ocho, de 12 y de 16 centímetros, de acero, rayados y de bronce.

Bajo sus fuegos quedaría la zona carlista que constituyen los valles del Ega, del Salado y del Robo.

También los facciosos, obedeciendo acuerdos decididos en un Consejo de Generales celebrado también el 6 de Febrero en Estella, bajo la Presidencia de don Carlos, fortificaban su línea, pues a pesar de su victoria de Lacar, quedaban, como los soldados de Alfonso XII, a la defensiva.

Entre ambas orillas del Ega y la derecha del Arga, desde Dicastillo hasta Santa Bárbara de Mañeru, construían numerosas trincheras y reductos.

Teniendo a su espalda la frontera francesa, apoyando su derecha en la costa Cantábrica, su centro en Vizcaya y su izquierda en Navarra, gran parte del Ejército faccioso del Norte, cuya totalidad se elevaba a 39.184 hombres, 2.341 caballos y 79 piezas, a las órdenes de Mendiry, estaba entonces concentrado desde el valle del Ega a las riberas del Aragón y principalmente delante de Estella. Con frecuencia interceptaban las comunicaciones del Ejército liberal, su caballería llegaba por la carretera de Pamplona hasta las mismas puertas de Tafalla y tenían sus portazgos a la vista

de las tropas de Quesada, en el Pueyo y en San Martín de Unx.

En estas circunstancias ocurrió en el Norte, en Vizcaya, el primer combate de importancia después de los sangrientos, en Navarra, de Lacar y de Muniain.

La situación de Bilbao, entonces, si no era grave como en el invierno y en la primavera de 1874, no por eso dejaba de ser difícil, por la escasez de fuerzas de choque en la Plaza y porque aunque los fuertes construidos a iniciativa del malogrado don Manuel de la Concha, Marqués del Duero y a raíz del último sitio, habían mejorado mucho sus defensas, estaban dominados por el enemigo que, sobre ellos, ocupaban ventajosas posiciones y que de haber estado artilladas hubieran hecho volver a la capital de Vizcaya a los angustiosos días de Somorrostro y de San Pedro de Abanto. Aquí estaba el fundamento del combate llamado de Arbolancha, combate que tuvo efecto, iniciado por el Comandante de la Plaza, Jefe de la División de Vizcaya, el Mariscal de Campo don Manuel Salamanca, para evitar que los carlistas se decidiesen a hostilizar de nuevo Bilbao con artillería.

Fué en las inmediaciones de la invicta Villa, al N. E. de la urbe mercantil, donde tuvo lugar. A tres kilómetros de Bilbao y 400 metros de un reducto liberal construido en la falda S. de Monte Abril, en Ollargan, realizaban los carlistas febrilmente las obras precisas para el emplazamiento de una batería de dos piezas Vavas-seuer y dos de montaña, desenterrada por completo de los cañones de los fuertes y que podía batir, de un modo eficaz, el reducto y el grupo de casas denominado Arbolancha, que en el frente tenía.

De tal modo hacían los facciosos las obras de su batería, trabajando en ella sólo de noche, tan oculta la tenían de día, cubriéndola de ramajes, tierra y cesped,



Horroroso combate de forales y de carlistas.

otro sobre el célebre cerro de Muniain, inmortal desde la épica lucha en la noche del 3 de Febrero y que había de denominarse «Cáceres», para perpetrar, de este modo, el recuerdo de los valientes que allí sellaron con su sangre tan imborrable defensa. Seguía inmediato el que, en memoria de don Manuel de la Concha, debía, a su vez, llamarse «Marqués del Duero», y sobre las cimas del Esquinza, en la Ermita de San Cristóbal, donde el joven Monarca español había recibido su verdadero bautismo de fuego, el reducto denominado «Alfonso XII».

La línea liberal quedaba interrumpida en la ribera del Salado, cuya orilla izquierda se hallaba en poder del enemigo, y continuaba después, girando a la derecha, desde Puente la Reina, en cuyas inmediaciones se construían los reductos Santa Isabel y San Guillermo, que debían de



Un vivac de oficiales.

que el General Salamanca, teniendo noticia de ello, no pudo precisar el sitio exacto en donde se encontraba, hasta que el 25 de Febrero le fué señalado por dos zapadores carlistas presentados a indulto.

Sin pérdida de momento, el Comandante de la Plaza ordenó, después de consultado el caso con sus Brigadieres Medeviela y Macanaz y Jefes Ingenieros de artillería, que en el fuerte del Morro se abriese una cañonera y se situase una nueva batería en su gola, que en el alto de Artagan se viera el punto conveniente para ofender por elevación a la batería facciosa y que, desde luego, se procediese a reconocer el terreno en que muy pronto se había de librar un combate.

No dió tiempo el enemigo, porque con las primeras luces del 26 rompió el fuego la batería sobre las casas de Arbolancha y el reducto. Antes del día los carlistas se habían hecho dueños de un puesto avanzado cercano a las crestas de Monte Abril y que durante la noche quedaba sin custodia.

Enterado el General Salamanca de lo que sucedía por partes enviados desde los fuertes Morro y Miravilla, ordenó en el acto al Brigadier Medeviela que, con las fuerzas francas de servicio, acudiese al punto amenazado. Así lo hizo el referido Brigadier a la cabeza de 4 compañías de Albuera y de Saboya y una de Forales. Llega, refuerza con una compañía de Albuera las 2 que guarnecen el atacado reducto, cubre con los Forales la ladera izquierda del monte y el resto de la fuerza se sitúa a retaguardia.

El enemigo, a las órdenes del Jefe carlista don Elicio Berriz, fuerte de 5 batallones, 1.º, 4.º, 5.º y 6.º de Vizcaya y el que formaban los Guías de la Región, se encontraba situado en las crestas de Monte Abril al iniciarse el fuego. Después, y al ver el avance de las tropas que de la Plaza se acercaban, ocultó parte de los batallones que en la cumbre del macizo tenía, y con el resto de sus fuerzas extendió sus dos alas con objeto de cercar a los soldados de Salamanca en un amplio movimiento envolvente.

Esta maniobra, observada desde el alto de Artagan por el Comandante en Jefe de las tropas que defendían la invicta Villa, fué impedida por completo.

Con las 10 compañías de Saboya, 6 de Albuera, una de la reserva de Zamora, otra de Forales y dos secciones de artillería de montaña de



Cantando coplas de la tierra.

que Salamanca disponía, maniobró, a su vez, con gran acierto.

Extendió su derecha y con objeto de impedir que fuese envuelta, colocó en ella, en las casas de Churdinaga, 2 compañías de Albuera. En el centro se dispusieron a atacar las compañías de Saboya, apoyadas por el fuego de una sección de montaña, en tanto que en la extrema izquierda, compuesta del resto de las compañías de Albuera, de la compañía de Zamora y de los Forales preparaban también su marcha al asalto.

Desde el principio de la acción, los efectos de la artillería y de los fusiles fueron muy intensos por ambos lados. El fuego cruzado de las baterías de Salamanca, obligó a los carlistas a retirar de las crestas centrales de Monte Abril todas

sus fuerzas, y, a su vez, la sección de montaña liberal que disparaba desde el centro, quedó sin artilleros.

En dura pelea toda la línea liberal avanza o retrocede, combatiendo Saboya y Albuera pecho a pecho y brazo a brazo, y los intrépidos Forales, haciendo prodigios de valor. Pero las horas pasan y ni unos ni otros logran ventajas de importancias. Al callar las piezas del centro por tener todos sus oficiales y sirvientes fuera de combate, los facciosos se lanzan sobre los indefensos cañones... Pero por un prodigio de actividad artillera, aquellas piezas servidas de nuevo febrilmente, vuelven a tronar y el estrago de la metralla diezma y contiene al audaz enemigo.

A la caída de la tarde y cuando el crepúsculo iba cubriendo con sus sombras el campo de batalla, los bizarros Forales, que no habían cesado de matar y de morir en aquellas ensangrentadas asperezas desde el principio de la jornada, ven con alegría inmensa que las compañías facciosas que defienden las trincheras situadas en las cumbres, las abandonan... Lánzase a ellas, pero al llegar, ven venir de frente al enemigo en desesperada carga a la bayoneta. Precipítanse los combatientes unos sobre otros en medio de un fuego espantoso, encontrándose instantáneamente los Forales rodeados de un número de carlistas ocho veces superior al suyo... Pero prefiriendo mil veces antes que rendirse morir, intentan y consiguen, en pelea furiosa tiros y bayonetazos, abrirse paso. Allí gana el Jefe de la fuerza Foral señor Aguilar, la Cruz Laureada, y el joven Capitán don Urbano Martínez Gorostiza, muere como un héroe, pues después de herido en una pierna y de caer de rodillas, sigue defendiéndose hasta quedar exánime...

«En el centro y en la derecha, dice la «Narración Militar de la Guerra Carlista», mantuviéronse unos y otros en sus respectivas posiciones. En tal situación, y ya de noche, Medeviela ordenó el repliegue de las fuerzas, escalonando con acierto las de la reserva, por si los carlistas intentaban picar la retirada, y se efectuó ésta con orden y sin bajas, entrando en Bilbao parte de las tropas liberales con Salamanca. Quedó Medeviela en las posiciones de la extrema izquierda y en las casas de Arbolancha.

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

LA LUZ DE MI LAMPARA

Se duerme en las ondas
la luna de plata;
el sol por las tardes
sus rayos apaga;
tan solo conserva
perenne su llama,
mi luz más querida:
la luz de mi lámpara!

El viento en otoño
las hojas arrastra;
las aves se alejan,
los céfiros pasan;
se van los recuerdos,
las flores se cambian...
Y no muere nunca
la luz de mi lámpara!

Sonados delirios,
dichas y esperanzas,
tienen sus raíces
en humo y en agua.
¿Que resta de aquellos
dorados fantasmas?
Mi luz más querida,
la luz de mi lámpara!

Mi lámpara es culto,
y símbolo, y lágrima,
sonrisa y perfume,
recuerdo y plegaria;
cuando está dormida
y a oscuras mi alma,
tan sólo arde en ella
la luz de mi lámpara!

ANTONIO GRILO

La familia del inolvidable compositor don Ruperto Chapí, gloria de la música española, atraviesa en estos momentos por una nueva prueba, dura y terrible.

La distinguida señora, doña María Teresa Chapí y Selva, viuda de Torquemada, que se hallaba pasando una temporada en Jerez de la Frontera, fué atacada, en plena juventud, por una cruel dolencia que al fin, tras una larga e inútil lucha, degeneró en un ataque de uremia que puso término a su vida. Junto a ella se encontraban, recogiendo su último aliento, su angustiada madre, doña Vicenta Selva, viuda de Chapí, — ilustre dama, por su desgracia familiarizada con el dolor, — y varios de sus hermanos.

Era la finada una inteligente señora, buena y virtuosa, en quien el infortunio clavó sus garras arrebatándole, en brevísimo espacio de tiempo, a su marido y al único hijo que tenía. Ahora, a los treinta años, ha muerto ella también, dejando en el mayor desconsuelo a su madre y sus hermanos.

Identificados espiritualmente con la familia Chapí, como es bien notorio, no tenemos que decir la parte tan importante que tomamos en su pena. En cuanto a don Enrique Casal, nuestro querido Director, y su distinguida esposa, bien saben cuán de corazón les acompañamos siempre, lo mismo en sus alegrías que en sus dolores.

Sean estas líneas efusivo testimonio del gran sentimiento que nos ha producido la pérdida irreparable de doña María Teresa Chapí.

CANTARES

Eres María del Carmen
y además carmelitana;
dame tus escapularios
y yo te daré mi alma.

Hasta los caracolitos
que hay a la orilla del mar,
me dicen que no te quiera;
yo no te puedo olvidar.

Paloma que vas al monte
mira que soy cazador;
que si te encuentro y te mato
para mi será el dolor.

Por las estrellas del Norte
se rigen los marineros,
yo me rijo por tus ojos
que son dos claros luceros.

Salí al patio de la cárcel,
miré al cielo y di un suspiro:
— ¡Donde está mi libertad
que tan jóven la he perdido!

Dame la manita; iremos
al sitio donde lloraste,
y los dos recogeremos
lágrimas que derramaste.

Mundo Mundillo...



HA regresado de su viaje triunfal por las naciones hermanas de América del Sur, el Cardenal Benlloch.

Embajador espiritual de España, no ha hecho sino sembrar cariños y estrechar lazos de amistad, realizando para el catolicismo y para nuestra Patria, una labor que debemos agradecer cuantos nos enorgullecemos de ser católicos y españoles.

Al felicitarlos por el éxito grande del viaje, damos la bienvenida más efusiva al ilustre Cardenal, arzobispo de Burgos.

EN la parroquia de la Concepción se ha celebrado solemnemente el bautizo de la hija recién nacida de los señores de Gil de Biedma (don Luis). Como es sabido, ella es hija del exministro don Santiago Alba y él del ilustre senador don Javier Gil Becerril.

El párroco, señor Torres Losada, administró el Sacramento, imponiendo a la neófito el nombre de Marta. Fueron padrinos el abuelo paterno, señor Gil Becerril, y la condesa de Sepúlveda.

La distinguida concurrencia que asistió a la ceremonia se trasladó a la casa de los padres, donde fué obsequiada con un espléndido té.

También se han celebrado recientemente los bautizos del hijo recién nacido de los señores de Ibarra, imponiéndosele el nombre de José Joaquín, y siendo apadrinado por su abuela materna la marquesa de Hijosa de Alava y su tío don José Ibarra y de la hija primogénita de los señores de Mauricio, imponiéndosele el nombre de la madre, doña Dolores López Chicheri y Ligués, y siendo padrinos la abuela paterna y el abuelo materno.

HA dado a luz una hermosa niña, con toda felicidad, la bella señora de Avial (don Alejandro). Con este motivo, tanto los marqueses de Valdeiglesias como los señores de Avial (don Basilio), abuelos de la recién nacida, han recibido muchas felicitaciones, a las que unimos la nuestra, muy cariñosa.

Muy felizmente ha dado a luz una niña la marquesa de Bolarque (nacida Eulate) y otra niña, en Valencia, la señora de Guzmán (don Carlos), nacida Bertrán de Lis. Felicitamos a los padres y abuelos de las recién nacidas.

SE ha mandado expedir Real carta de sucesión en el título de marqués de Campo Verde a favor de don Luis de Osorno y Torres-Linero.

VARIAS pequeñas fiestas se han celebrado recientemente en distintas residencias aristocráticas. En el hotel de los señores de Hernández Usera hubo un festival infantil, siendo agasajados los concurrentes con una merienda y regalos de juguetes.

En casa de los señores de Bascaran (don Fernando) se celebró otra interesante fiesta de niños con un precioso árbol de Navidad. Asistieron numerosos pequeños, entre los cuales fueron rifados valiosos juguetes.

Los señores de Murga (don Félix) han obsequiado a muchas de sus amistades con otra fiesta, en su casa, en la que se sirvió un espléndido té.

También los señores de Carrizosa (don Javier) ofrecieron la noche de Reyes una comida, en el hotel Ritz, a algunos de sus más íntimos amigos.

Entre los comensales figuraron los señores de Ussia (don Ramón), don Prudencio Muñoz y los señores de Miláns del Bosch (don Jaime).

EN breve será presentada en sociedad la bella señorita María de las Angustias Pérez del Pulgar, quien acaba de terminar su educación en el extranjero. La señorita de Pérez del Pulgar es hija de los marqueses del Albaycín.

IGNORAR la fama de los sortijeros de alabastro de *La Duquesita*, para regalos de bodas, cruza-

mientos y bautizos, equivale a no saber quién descubrió el nuevo mundo.

LAS cacerías siguen a la orden del día. Para el día 19 se ha fijado el comienzo de la que organiza el Duque de Tarifa en el coto de Doñana, en honor de S. M. el Rey.

En la finca denominada Dehesa Nueva, situado en término de Guadamur, provincia de Toledo, ha habido recientemente una animada cacería de perdices, en la cual tomaron parte los señores marqués de Luque, Moreno (don Antonio), Alcántara, Turnes, Moreno Luque (don Juan Manuel), Gorostegui, Sánchez-Guerra (don Rafael) y otros.

También en la finca «Sotuelamos», de la provincia de Albacete, han cazado varios días unos buenos aficionados madrileños, cobrando 896 perdices y nueve varios.

HAN llegado a Madrid las señoritas de Patiño, hijas del ministro de Bolivia, quienes pasarán una temporada con la marquesa de Prado Ameno y sus hijas.

NOTICIAS de enfermos. Se encuentra restablecido de la dolencia que le ha aquejado, nuestro

representante en Holanda, don Santiago Méndez de Vigo, que se halla en Madrid en uso de licencia.

Están muy aliviados, en sus respectivas dolencias, la señorita de Bertrán y Musitu y don Juan de Larios y Zavala, hijo de la marquesa de Valle Umbroso.

Se halla enfermo el senador vitalicio don Luis Sánchez Arjona y delicado de salud el marqués de Camarines.

Repuesta de su pasada enfermedad se encuentra la señorita de Miláns del Bosch.

EN el convento de la Enseñanza, de El Ferrol, ha profesado la señorita Felisa Riestra, sobrina de la marquesa de Riestra.

HAN tenido un gran éxito las nuevas comidas a la americana del Hotel Ritz.

Continúan viéndose muy brillantes las reuniones de los tés de moda del Palace Hotel.

EN honor del Embajador de Inglaterra y Lady Howard, y como despedida por su próxima marcha, han dado los condes de Cuevas de Vera un almuerzo en el Real Club de Puerta de Hierro.

NOTAS DE PESAME

GRAN sentimiento ha producido en Madrid la muerte del ilustre auditor de división don Luis Jordán de Urries y Azara.

Era el finado prototipo del gran señor y del caballero. Por su afabilidad, bondad y llaneza, se conquistó las simpatías de cuantas personas tuvieron el gusto de conocerle.

Ferviente católico, consagró su vida a obras piadosas, siendo socio de las Conferencias de San Vicente de Paul y Hermano de la Santa Hermandad del Refugio.

Era además coronel del Cuerpo Jurídico militar, caballero de la Orden militar de Calatrava y maestrante de la Real de Zaragoza, y se hallaba en posesión de la gran cruz de Isabel la Católica y otras muchas condecoraciones.

Estaba casado con una virtuosa dama, doña Juana Zabala, y de su matrimonio quedan tres hijos: don Juan, don José y doña María Luisa Jordán de Urries.

Hermanos del finado eran el sabio catedrático don José y doña Pilar, viuda de Rivas, recientemente fallecida.

Acompañamos de todo corazón a su familia en su gran dolor.

TAMBIÉN ha sido muy sentido el fallecimiento, después de larga enfermedad, del conde de Villamonte, muy estimado por sus dotes personales.

Don Juan de la Cruz Luis Nicolás de Melgar Abreu Quintano y Alvarez de las Asturias Bohorques, nacido en Mondragón (Guipúzcoa), el 30 de octubre de 1865, pertenecía a una ilustre y noble familia. Hermanos suyos son los marqueses de San Juan de Piedras Albas, Regalía y San Andrés. Era hijo de los difuntos marqueses de Canales de Chozas.

Casó el 27 de mayo del 97, con la señorita doña Isabel de Rojas y Vicente, naciendo los siguientes hijos: don Carlos, heredero del título, ahijado que fué del difunto duque de Tetuán; don Juan José, don Manuel, don Francisco Javier y don Fernando.

El difunto fué senador del reino por la provincia de Almería durante varios años. Era teniente coronel de Artillería, caballero gran cruz de Isabel la Católica, Gentilhombre de Cámara con ejercicio de Su Majestad el Rey, cruz y placa de San Hermenegildo y hermano de la Santa, Pontificia y Real Hermandad del Refugio y Piedad de esta corte.

LA MUÑECA PARISIEN

PRIMERA CASA EN CONFECCIONES

ABRIGOS, VESTIDOS, SOMBREROS,
PARA SEÑORAS Y NIÑAS

FERNANDO VI, NUMERO 12

Muy de corazón nos asociamos al duelo de la condesa de Villamonte y de sus hijos.

EN Barcelona, donde residía, ha fallecido la distinguida señora doña Pilar de Suelves y de Montagut, viuda de Oiva de Baradad, hermana de los marqueses de Tamarit y emparentada con toda la nobleza catalana.

Dama de grandes virtudes cristianas y elevadas dotes de talento y cultura, era persona conmovedora y apreciada en la sociedad.

Había residido largas temporadas en París y Madrid, donde tenía familia tan cercana como sus hermanos, los condes de Guaquí.

A los testimonios de pesar que ha recibido la familia, unimos los nuestros.

LOS condes de Castellanos han sufrido la desgracia de perder a su hijo Francisco Javier, niño de pocos meses de edad.

También los señores de Barnuevo, han sufrido la desgracia de perder a uno de sus hijos, que contaba cinco meses.

Y análoga desgracia han experimentado los barones de Torrellas, hijos de los marqueses de San Vicente y de Velilla de Ebro.

Su hija María del Pilar Corral y Jordán de Urries, linda niña de un año de edad, ha fallecido después de muchos días de terrible lucha entre la vida y la muerte.

Esta preciosa criatura ha sido el segundo hijo que en breve espacio de tiempo han perdido los barones de Torrellas aparte de sufrir otras desgracias y enfermedades.

Muy de corazón compartimos el duelo de los inconsolables padres, de los abuelos maternos, marqueses de San Vicente, y de la abuela materna doña Amalia Bárcenas, viuda de Corral.

ASIMISMO han fallecido recientemente en esta Corte: la duquesa viuda de Tamarón, el exdiputado a Cortes don Tomás de Salazar y Cologan, la distinguida señora doña María de la Concepción Gallego y Campoy, viuda de Alonso de Villapadierna; don Francisco Ponce de León y don Antonio Vázquez de Parga de la Riva Somoza, hijo de los difuntos condes de Pallarés, jefe de Administración de tercera clase en el Ministerio de la Gobernación.

Nos asociamos al duelo de las respectivas familias.

SE han cumplido los cuatro años del fallecimiento del general don Rafael Sarthou y Calvo, conde de Medina y Torres, que fué senador vitalicio, diputado y gobernador de varias provincias.

No se ha debilitado en nosotros el recuerdo del ilustre y querido amigo. A renovar a su viuda, la condesa de Medina y Torres y a sus hijos, el testimonio de nuestro muy cariñoso pésame, les reiteramos igualmente el de nuestra verdadera y constante amistad.

EL NUEVO REY MIDAS

UNA vez era un viejo, muy viejo, que tenía dos nietecitos: Pepe y Pepin.

Y era el caso que los dos habían nacido el mismo día y casi al mismo tiempo, pareciéndose tanto, que apenas si su propio abuelito los distinguía cuando estaban separados.

Ahora bien; si hablaban, ya no había confusión posible; pues mientras Pepe tenía el timbre de voz áspero y desentonado, Pepin era de palabra suave y acariciadora. Y en lo que dice a carácter, podéis asegurar que no existían dos más opuestos. Pepin se destacaba por su docilidad y amor al estudio, mientras que Pepe sólo ideaba travesuras y ni se acordaba del abuelo, ni era capaz de sacrificarse por nadie.

Ocurrió que los muchachos quedaron muy pronto huérfanos de padre y madre. A su papá lo mataron en la guerra y a su mamá la enfermaron en la paz. Sólo les quedó el abuelito, medio ciego, medio inválido, una casa muy grande, un gato muy negro y un ejército de acreedores que reclamaban el pago de cantidades anticipadas.

Así las cosas, el abuelito les propuso una noche, en que los tres se calentaban al amor de unos leños, lo siguiente:

—Mirad, muchachos; vuestro viejecito se va más de prisa de lo que él quisiera. Ya no sirve para nada, ni aun para remover las cenizas; vengo a ser, por tanto, un estorbo para vosotros.

—De ninguna manera, abuelito— interrumpió Pepin.

Pero el abuelito, después de sonreír con todo cariño a su nietezuelo, prosiguió:

—De sobra sé que cuando se llega a cierta edad, sólo estorbo se procura. Por eso uno de vosotros debe partir en busca de fortuna y hacerse hombre por esos mundos de Dios. El otro me hará la limosna de permanecer junto a mí hasta que yo muera, que no ha de ser demasiado tarde.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el abuelito, con una mano puesta en su oreja derecha, esperaba lleno de ansiedad.

Pepe fué el primero que habló, para decir:

—Comprendo perfectamente tus razones, abuelo. Yo seré el que parta, puesto que sólo deseo hacerme poderoso y protegeros más tarde.

Pepin agregó:

—Mucho te lo agradeceremos, y sólo pedimos al cielo que te dé toda la suerte que sea posible.

El abuelo le abrazó, y luego, poniendo una de sus manos temblorosas sobre la arisca cabeza del muchacho, salmodió:

—¡Sí; que el cielo te dé toda la suerte que yo le pido! Ahora bien, hijito de mi alma: procura no ser ambicioso y contentate con disfrutar de salud y atender sobriamente a tus necesidades. De este modo nunca conocerás la adversidad. Si llegas a ser rico, acuérdate de que hay mu-

chos pobres fuera de nosotros y que la felicidad no e-tá, ni mucho menos, en el oro. Ya conocéis la historia que tantas veces os referí del Rey Midas.

Dichas estas palabras, le entregó un hatillo de ropa, unas cuantas monedas de plata y le dió su bendición.

Apenas fué de día se puso Pepe en marcha, quedando solos el abuelito, Pepin y el gatito negro.

Conque pasaron tres años.

El pobre viejo, que nunca dejó de pensar en el nieto ausente, aunque éste no volvió a acordarse de ellos, una tarde de nieve del último mes del año, se quedó frío y rígido junto al hogar sin lumbre.

TODAS LAS GRANDES ARTISTAS

PARA EMBELLEGERSE Y QUE SUS
ATRACTIVOS RESALTEN CON LA
LUZ ARTIFICIAL, USAN EN SU
«TOILETTE» LOS ULTRA-IMPALPA-
BLES POLVOS DE ARROZ

F R E Y A

TONO «MALVA»

SE FABRICAN EN SIETE VARIEDA-
DES: BLANCOS, ROSA 1 Y 2, RACHEL 1
Y 2, MORUNOS Y MALVA

PRECIO: 3,50 PESETAS

F L O R A L I A M A D R I D

Pepin le lloró cuanto pudo; lo enterraron y al siguiente día Pepin fué arrojado de la casa por los acreedores, que sólo le entregaron el gatito negro y un morralillo con unos mendugos.

El pobre chico dijo adiós, desde lo alto de una colina, al pueblo donde descansaban los restos de sus seres queridos. Después continuó su marcha a lo largo de la blanca senda que se perdía entre los pinos del bosque.

A todo esto Pepe, tras de pasar un sin fin de calamidades, logró encontrar un amigo que le metió en casa de un brujo como criado. Allí aprendió muchos secretos de la magia y un día que estaba su amo ausente, quemó unas yerbas misteriosas y usó unas palabras cabalísticas a cuyo conjuro apareció un Genio espantoso, como el de Aladino, y le preguntó:

—¿Qué deseas? Sólo puedes pedirme una cosa. ¡Si pides más de una perecerás sin remedio! Dime lo que ambicionas para tu felicidad. ¡Pronto!

Pepe, sin acordarse de la recomendación de su abuelito exclamó:

—Quiero que a cada palabra mía tenga una onza de oro.

—Serás satisfecho!—gritó el Genio, evaporando e entré nubes azules.

El muchacho se quedó tan contento. «Voy a ser rico», pensó, y sin esperar más, antes de que regresara el brujo, escapó todo lo rápido que sus piernas se lo permitieron.

Como tenía hambre, se detuvo en una posada, y pidió de comer; pero—¡oh sorpresa! de cada palabra le salía por la boca una moneda de oro.

El posadero se asustó y, como era buen cristiano, se negó a servirle. De nada valió que Pepe se deshiciera en súplicas. Cuanto más hablaba, mayor era el chorro de monedas que chocaban contra el suelo y contra los platos. Uno de ellos saltó hechos pedazos, y aquéllo bastó para que lo lanzaran de allí como alma que lleva el demonio.

¡Pobré Pepe! Muerto de hambre corría por esos pueblos de Dios, sin atreverse a entrar en casa alguna. Cerca de una fuente se puso a pensar, y piensa que piensa, se le ocurrió una idea peregrina: ¡fingirse mudo!--Hablaré por señas y de este modo no dudarán de mí.

Al principio todo fué bien. Tenía el dinero que fabricó en la posada con sus frases; pero a los pocos días se le acabó y, para hacer nueva provisión de fondos, decidió ponerse a conversar con un pastor que cuidaba un rebaño lejos de la población.

Efectivamente, fue junto a él; mas apenas le dijo «buenos días», y le salieron dos onzas por la boca, el pastor, le dió un palo y tuvo que huir.

Pasaron unos días. Se gastó, por señas, las dos onzas en comer y dormir, volviendo a su espantosa situación. Ya iba a perecer de necesidad, cuando un día vió en la plaza de una Ciudad a donde había

llegado, muchas personas que se arremolinaban en torno a un muchacho que hacía representar comedias a un gatito negro. El animal saludaba como las personas, y daba saltos que hacían desternillar de risa. Luego, con una bandeja pedía al público, y éste vaciaba sus bolsillos.

Pepe miró y lanzó un grito—a cuyo grito saltó una moneda, dándole a un calvo en la nuca— ¡Pepin... hermano mío! (tres monedas más).

La gente creyó que era un artista de la compañía del gatito sabio, y en vez de asustarse, aplaudió. Entonces Pepe, animado, pronunció un discurso, hasta llenar una alfonbra de monedas de oro, mientras, por lo bajo, contaba a Pepin su desgracia. Cuando acabó y desaparecieron los curiosos, se echó a llorar sobre Pepin.

—Por no haber hecho caso al abuelito, me veo así. ¿Cómo lavaría yo mi mancha?

Pero Pepin, que era muy listo, se acordó de que para limpiar bien, no había nada comparable al poder detergente del jabón «Flores del Campo».

Conque le lavó con él y, como por arte, dejaron de salir monedas de la boca de Pepe.

Este pidió perdón al cielo y, con lo ahorrado, los dos hermanos y el gatito vivieron felices.

PRINCIPE SIDARTA

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)



ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES

Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS,
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

POURKURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7.—MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2.—MADRID—Telf.° S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4.—Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava 9

Primera en España en
MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6.—Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TITANIO
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS.

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11.—MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO—AUTOMOVI-
LES DANIELS—AUTOMOVILES Y O. MIONES
ISOTTA FRASCINI

Miguel Angel, 31.—MADRID—Teléfono J.—723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33.—MADRID—Tel.° 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09.—MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y ÚNICA

CASA "LA MARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social. ... } 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

LOS DISCURSOS DE LOS GRANDES DE ESPAÑA CUBIERTOS RECIENTEMENTE ANTE S. M. EL REY



COMENZAMOS a publicar hoy, en la misma forma que hicimos en anterior ocasión, los discursos de los Grandes de España que se cubrieron, a mediados de mes, ante S. M. el Rey.

El del duque de Huete.

«SEÑOR:

Dió vida al título de duque de Huete, aquel famoso «Lope Vázquez de Acuña» que recuerda los más importantes sucesos del reinado de Don Enrique IV, de quien fuera camarero mayor de las Armas y del Consejo y al que el Monarca, de su propia mano, al conferirle tan alta merced, le llama y dice: «Mi leal caballero y buen amigo, a vuestra honra y bien».

Los enlaces de tan noble Casa de Acuña, con aquellos valerosos capitanes Alarcón, de los que uno fué el vencedor de Pavía, que hiciera prisionero a Francisco I de Francia, se remontan hasta dos dinastías, que por hecho extraordinario se funden conmigo, por ser descendiente como duque de Huete, del conde don Tello de Castilla, hijo de Alfonso XI y del Príncipe Cidi Yahia Almayar, de la dinastía fundadora de la Alhambra, y a quien fué reconocida la Grandeza de España que, con tan justificado tesón, viene litigando mi buen padre, a quien pertenecen todos estos timbres.

Estas dinastías, de que me enorgullezco por igual, que se combatieron durante tantos siglos y que en representación tan alta, han llegado juntas hasta mí, me conmueven, Señor, profundamente, al pensar en los destinos de nuestra España y en glorias de Vuestra Majestad cuando la obra de concordia asegure en el Mediterráneo nuestra influencia en el Mundo.

Dios conceda a Vuestra Majestad premio tan merecido por sus patrióticos anhelos, unido a la magnánima Reina, que es vínculo de amor y de felicidad de la Patria.»

El del duque de Béjar.

«SEÑOR:

En este momento, para mí tan honroso, debo ante todo expresaros mi profunda gratitud por el alto honor que me concedéis, ordenándome cubrir ante vuestra Real presencia.

Es costumbre tradicional en estos actos, relatar los servicios prestados a la Patria y a la Monarquía por los ascendientes del que se cubre; pero yo no he de cansar vuestra Real atención repitiendo lo que tantas veces se ha dicho bajo estas bóvedas, que sería prolijo enumerar una vez más. El que se apellida Roca de Togores Téllez de Girón y Fernández de Velasco, descendiente por línea paterna de las ilustres Casas de Molins y Asprillas, cuya primogenitura represento, y por la materna de las muy renombradas de Osuna y Frias, tiene bien probado su linaje, por ser público y notorio.

Insignificante soy, Señor, para ostentar el glorioso título de duque de Béjar, jefe de la Casa de Zúñiga, al cual honró el inmortal Cervantes dedicándole la primera parte de su portentosa obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, haciéndolo de la segunda al conde de Lemos, hoy duque de Alba, que me apadrina, y a quien por hallarse ausente le representa el ilustre marqués de Santa Cruz, digno descendiente de Silvas y Bazanes.

Aficionado a la Agricultura, base de la prosperidad y riqueza de las naciones, hice en mi juventud los estudios agronómicos, y desde que llegué a la mayor edad me dediqué con afán a la noble profesión del cultivo de la tierra, para enseñar a mis hijos que a la Patria hay que servir la manteniéndola en producción o defendiéndola con la espada.

Para terminar, ya que no puedo alegar méritos propios, me propongo imitar y si fuera posible superar, a mis antepasados en el amor a la Patria y lealtad a la Monarquía.»

El del duque de Terranova.

«SEÑOR:

Merced tan grande como inmerecida, es para mí la de llegar a la augusta presencia de V. M. para recibir este alto y señalado honor, reservá-

do a los Grandes de España. Ostento esta dignidad por mi matrimonio con la actual duquesa de Terranova, doña Rafaela Osorio de Moscoso y López, quien lleva también los títulos de marquesa de Poza y condesa de Garciez.

Vuestra Majestad, conocedor como muy pocos de la historia de nuestra Patria, sabe bien que ese ducado fué uno de los concedidos al invicto caudillo Gonzalo de Córdoba, y que el Gran Capitán llevó e ilustró con sus hazañas, al mismo tiempo que los de Sessa, Soma y otros títulos, que pasaron después a la noble Casa de Altamira, y que esta conserva en su descendencia, perpetuando la memoria de aquel glorioso español.

Apellidos tan familiares a Vuestra Majestad y tan célebres en los anales de la Nobleza española como los de Osorio de Moscoso, Fernández de Córdoba, Carvajal, Guzmán, etc., ilustran la descendencia paterna de mi consorte, y los linajes preclaros de López de Anso, Ximénez de Embún, Angulo, Colón, Fernández de Navarrete y Mazarredo, son los que por línea materna completan su genealogía.

Vuestra Majestad ha podido apreciar en su reciente viaje a Zaragoza la lealtad de los aragoneses y el entusiasmo delirante con que le han recibido. Aunque el que tiene la honra de dirigirse a Vuestra Majestad no es aragonés de nacimiento, lo es de corazón, en Aragón vive y lleva un condado, el de Ballozar, de la noble Casa de los marqueses de Ariño, Ricos-hombres de Aragón. ¿Será, pues, en mí, jactancia el asegurar a Vuestra Majestad, a fuer de aragonés, que si como nobleza de sangre soy, quizá, de los últimos entre los Grandes, no le cedo a nadie la primacía en fervor y decisión en el servicio de Vuestra Majestad? No haré en esto más que seguir el ejemplo de lo que me ha dado mi padre, el general La Cierva, que ha empleado bastantes años de su vida en llevar a cabo misiones que, distinguiéndole, le fueron confiadas por varias de las Reales personas.

Termino, recordando a Vuestra Majestad que la lealtad y adhesión al Trono distinguieron también al último poseedor del ducado de Terranova, mi padre político, don Alfonso Osorio de Moscoso y Osorio de Moscoso, duque de Soma, marqués de Monasterio y barón de La Joyosa. Séame permitido, ya que no pueda ostentar sus nobles linajes ni sus cualidades, más nobles aún, imitarle en esos sentimientos. Vuestra Majestad los conoce ya y tiene la prueba de ellos en la modestia de los insignificantes servicios prestados en mi carrera, contribuyendo a la conservación de derechos históricos que en Tierra Santa pertenecen a la Corona de España y que nadie ha ostentado con mejor título que Vuestra Majestad.»

El del duque de Maqueda.

«SEÑOR:

Fecha inolvidable ha de ser para mí el día de hoy, en el que Vuestra Majestad me concede el cubrirme como Grande de España ante su Real presencia; debo, por tanto, a la bondad de Vuestra Majestad el poder ejercitar este derecho por mi matrimonio con doña María del Perpetuo Socorro Osorio de Moscoso y Reynoso, duquesa de Maqueda.

Son ascendientes de mi mujer las Casas de Altamira, Trastámara, Ayerbe y Borbón; mucho se ha escrito sobre la genealogía de ellas, así como de los Cárdenas y Ponce de León, primeros duques de Maqueda.

Omito, pues, hablar de ello, ya que labios más autorizados que los míos y en ocasiones como ésta recordaron su historia.

La Casa solar de mis mayores tiene su origen en la Vieja Castilla, en las montañas de Navarra, y en aquellas Neu Casas de Mallorca, que tanto prestigio alcanzaron en épocas que constituyen la Edad Media de la Historia de España; en algunas otras coberturas se han recordado muchos de los que son mis ascendientes; por esta causa también y por no cansar la atención de Vuestra Majestad, prescindiendo de mencionar aquí antiguas genealogías. Con el estudio de su historia se comprueba el modo leal y la adhesión inquebrantable con que siempre defendie-

ron la Patria y el Trono; mi abuelo, Zea Bermúdez, presidiendo los Consejos del Reino, así lo hizo en la política; mi bisabuelo, don Alonso de Torres, octavo marqués de San Miguel de Grox, vertió su sangre en Trafalgar, mandando el navío *Francisco de Asís*, y mi padre, ya fallecido, entró a los diez y siete años de edad, a las órdenes del glorioso Méndez Núñez, tomando parte en los bombardeos del Callao y Valparaíso, comenzando así la brillante hoja de sus servicios en la Armada.

Cúmpleme a mí imitar tan altos ejemplos, y así vivamente deseo ocasión en que poder seguirlos, demostrando a Vuestra Majestad mi profundo agradecimiento por favor tan señalado como el que recibo.»

El del conde de Castriello.

«SEÑOR:

Por tristes y nunca bien desarrolladas circunstancias que vienen precipitando los acontecimientos de mi vida, me encuentro hoy aquí, representando el último eslabón de la cadena de valientes guerreros, hombres de Estado y santos que me antecedieron. Siempre unieron en indisoluble vínculo sus personales méritos con el amor y fidelidad a la Monarquía, de la que continuamente recibieron pruebas de cariño y estimación que hoy Vuestra Majestad renueva, al concederme el uso de la prerrogativa que en este momento ejerzo.

Con el transcurso del tiempo se unieron al apellido de Crespi de Valldaura, conde de Sumacárcer los de Castriello y de Orgaz.

Fueron los Avellaneda progenitores de los condes de Castriello. En Vizcaya, en los albores de la Reconquista; después, en la batalla de las Navas, en la toma de Baeza y en la conquista de Sevilla, Lope y Diego de Avellaneda orlaron sus escudos con el empuje de sus espadas; más tarde, García de Avellaneda, ilustró su apellido como presidente del Consejo de Castilla, sirviendo a los Reyes Felipe III y IV; teniendo todos gloriosa recompensa con la concesión de la Grandeza, en 1690, que quedó unida a los Crespi de Valldaura a principio del siglo XVIII.

Gonzalo Ruiz de Toledo, segundo Señor de Orgaz, leal a sus Reyes en la revuelta minoría y en el reinado de Alfonso XI, fiel servidor de su religión, encumbró su nombre hasta ser protagonista de la tradición toledana que inmortalizó el sublime pincel del Greco; y aquellas virtudes, las inculcó a sus descendientes en tal forma que merecieron ver premiado su amor a la Realeza, erigiendo el emperador Carlos V en Condado, el hasta entonces Señorío de Orgaz.

Unido el Condado de Orgaz al apellido Crespi de Valldaura, descienden éstos de Diego y Luis Crespi, que venidos de Francia lucharon al lado del Rey Don Jaime I en la conquista de Valencia.

Establecidos en este Reino, originaron la gloriosa estirpe de Crespi de Valldaura, que unas veces dió soldados que pelearon contra los rebeldes de las Germanías, otras capitanes que morían en el cerco de Milán y se llenaban de heridas en Flandes, al mismo tiempo que el Vicecanciller de la Corona de Aragón Cristóbal Crespi de Valldaura, se mostraba insigne jurista y prudente consejero del Rey Felipe IV.

En Aragón, los Cervero (más tarde condes de Sobradiel), de quienes desciendo por línea materna, supieron luchar con heroísmo. Bien alto lo pregonan su escudo, que representa dos campanas sin badajos, perpetua memoria de aquel insigne caballero, que arriesgando su vida por dejarlas mudas, impidió que el moro tocara a rebato, y de esta manera pudieron entrar en la ciudad dormida las armas cristianas.

De estas pasadas hazañas puedo gloriarme, Señor, y permita Vuestra Majestad que, antes de terminar, las una al recuerdo de mi padre, blasón éste el más alto que puedo ostentar. Truncada en plena vida su existencia, sólo pudisteis apreciar los bosquejos de aquel cristiano caballero, monárquico ferviente, propulsor de las doctrinas de un Pontífice egregio que, anticipándose a los problemas sociales que actualmente conmueven al mundo, dió para ellos norma y solución.

En cuanto a mí, mi ruta está trazada. El amor a Dios, la lealtad a la Monarquía y la fidelidad a

la Patria, son piedras miliarias que pusieron mis antepasados, para señalarme el camino que he de seguir; el uniforme que con orgullo ostengo, pregona los compromisos que quedaron sellados con mi juramento de soldado, sublime juramento que, por sí solo, dignifica al hombre, y que siempre resuena en el oído del militar como llamamiento sagrado, fuente de todo triunfo y compensación de todo dolor.

Juré a mi Dios, y prometí a mi Rey, fuera la Patria mi amor primero, y en mi corta existencia le llevo ofrendadas las primicias de cuanto tengo y cuanto valgo.

El tiempo dirá, señor, si habéis de premiarme por ello; lo que desde luego afirmo, es que jamás me lo de nandaréis.»

El del marqués de Montealegre.

«SEÑOR:

Mi matrimonio con doña María del Milagro García-Sancho y Zavala, décimoquinta marquesa de Montealegre, Grande de España, y la benevolencia de Vuestra Majestad, me permiten disfrutar en este día de la preciada prerrogativa que otorgó vuestro augusto abuelo el Emperador y Rey Don Carlos I en Aquisgrán, el año 1520, a determinadas Casas nobles y ha sido respetado por todos sus sucesores, de cubrirse ante la Real presencia.

Estaban ya enlazados, antes de obtener el título, los Guzmanes de la Casa de Montealegre con la más antigua y rancia Nobleza española.

Concedido el título de marqués de Montealegre por el Rey Don Felipe IV, en 18 de Mayo de 1625, a don Martín de Guzmán y Rojas, tercer Señor de Montealegre, lo heredó su hijo don Luis Francisco Núñez de Guzmán, capitán general de Galeones de Sicilia; a éste sucedió su hermano don Pedro Núñez de Guzmán, gobernador de los Consejos de Castilla y Hacienda, asistente de Sevilla, del Consejo de Estado y uno de los gobernadores del Reino, durante la menor edad del Rey Don Carlos II; y en el hijo mayor de don Pedro, llamado don Martín Domingo de Guzmán Enriquez, premió este Monarca los merecimientos propios y de sus antepasados, otorgándole por Real decreto de 29 de Octubre de 1697 la Grandeza de España hereditaria a perpetuidad. El hijo de éste, don Sebastián de Guzmán Spínola, recibió de propias manos del Rey Don Fernando VI, en 1746, el Toisón de Oro y la espada de honor y casó con la condesa de Oñate, uniéndose, por este hecho ambas Casas y recayendo, por sucesivos enlaces, el título de Montealegre en la ilustre y noble familia de Zavala, cuyo último poseedor fué Doña María del Pilar Zavala y Guzmán, marquesa de Aguilar de Campoo, que casó con don Ventura García-Sancho, mayor-domo mayor de S. M. la Reina Doña María Cristina, vuestra augusta madre.

Cuanto a mí personalmente, Señor, puedo aducir que en mi apellido paterno Urruela, ya existieron en tiempo de Alfonso XI, año 1340, nobles infanzones que concurren a la batalla del Salado, donde figuró principalmente don Salvador de Urruela; cómo se distinguieron otros muchos en otras jornadas posteriores, y últimamente en la gloriosa guerra de la Independencia; alcanzaron altos grados en la Milicia y fueron caballeros de la Orden de Santiago, y por línea materna descendiendo de la nobilísima Casa de Lara, uniéndose mi rama el año 1550 con la de Santo Toribio de Mogrovejo; que soy maestrante de la Real de Zaragoza y que sigo la tradición familiar de constante adhesión a la Monarquía, hoy representada por Vuestra Majestad, símbolo de todas las grandezas y prosperidades de nuestra Patria.»

El del duque de Estrées

«SEÑOR:

Debo comenzar expresando a Vuestra Majestad mi profundo agradecimiento por la Real benevolencia cuyo precioso testimonio se ha dignado concederme.

La elevada dignidad a la que debo el gran honor que hoy recibo, me es tanto más cara cuanto que se refiere a recuerdos preciadamente conservados por nuestra familia como uno de los títulos más gloriosos que los siglos la han legado. Cuando el mariscal D'Estrées recibió de Luis XIV la misión de acompañar a vuestro Real antepasado Felipe V, cuando vino a ser coronado Rey de las Españas, puso al servicio de la Monarquía española todo cuanto en él había de valor y de fuerza, de talento y abnegación.

Llevaba consigo, para inspirarle y sostenerle

en el cumplimiento de su misión, una tradición no interrumpida de valor y de gloria. Desde más de cuatro siglos antes, sus antepasados habían ocupado el más elevado rango entre la Nobleza de Francia, desempeñando las primeras dignidades del Reino. Uno de ellos había sido acompañante de San Luis en su última Cruzada. Su abuelo y su padre habían recibido sucesivamente la dignidad de mariscales de Francia, que de tanto esplendor habían de revestir; él también se había distinguido en tierra y en mar por hazañas que le habían elevado a los altos cargos de teniente general y vicealmirante. No hay mejor testigo que el mismo Rey Felipe V, ni prueba más cumplida que las palabras con las cuales hubo de conferirle, como muestra de especial predilección, el título tan preciado de Grande de España, para demostrar que, al combatir por este país, supo hacerse digno de aquel pasado recibiendo de aquel Monarca la justa recompensa a su valor y a la importancia de sus servicios.

Permitaseme decir que la familia a la que transmitió sus títulos y el inmaculado recuerdo de su vida era digna de recibirlos. La Casa de La Rochefoucauld tiene su origen en los Condes Soberanos «du Forez», que desde el siglo IX figuraban entre los grandes feudatarios del Reino de Francia. Esta rama se dividió en dos, de las cuales una conservó el antiguo nombre de Lusignan, y después de haber dado durante trescientos años Reyes a Chipre y Jerusalén, se extinguió en 1485; la otra, que tomó el nombre de La Rochefoucauld, hacia el año 1000, durante el Reinado de Roberto el Piadoso, dió durante nueve siglos una larga serie de prebendados, obispos y cardenales a la Iglesia, entre ellos aquel piadoso cardenal que fundó la Congregación de Santa Genoveva, y había de ser una de las lumbreras más eminentes del Concilio de Trento. Francia encontró en ella filósofos y escritores de primer orden, como el inmortal autor de las *Maximas*, y la Corona, eminentes estadistas, como los dos primeros duques de Doudeauville; y guerreros ilustres como Aimery III, que tan brillantemente sirvió a los Reyes Felipe IV y Juan el Bueno; o como aquel Francisco, cuyo celeberrimo renombre le mereció ser elegido padrino del Rey Francisco I.

Junto a estos gloriosos títulos se muestra orgulloso de ostentar aquel cuya consagración recibe hoy, considerando como un privilegio inestimable la dignidad, tan preciada en el mundo entero, que crea como un vínculo de fraternidad entre ella y cuanto en España hay de nombres ilustres y hombres eminentes.

Permitidme añadir que no es sólo en cuanto hombre ni en cuanto representante de una familia cuya sangre va a correr ya siempre con sangre española, sino también en cuanto francés, como experimento una sincera emoción y una viva alegría al advertirlo así; encuentro en ello un nuevo testimonio de la profunda afinidad que une a través de los siglos a las dos grandes hermanas latinas, de la simpatía instintiva que quizás parezca en ocasiones velada por alguna nube; pero que ambos pueblos vuelven a encontrar siempre en el fondo de sus corazones, como herencia remota de las razas más antiguas y más nobles del mundo.

Poseído de estos sentimientos, Señor, ofrezco a Su Majestad el homenaje de mi gratitud y de mi adhesión más respetuosa.»

El del conde de Villagonzalo

«Trataré, Señor, de expresarme con la mayor brevedad posible, por ser muchos los Grandes convocados hoy para esta solemne ceremonia, alentados, sin duda, por el ejemplo dado por Vuestra Majestad, que en las circunstancias, quizás más difíciles porque ha atravesado la historia de Europa, ha sabido mantener incólumes los prestigios de la Realeza.

El alto honor que Vuestra Majestad se ha dignado concederme, lo debo principalmente a mis ilustres antepasados los Maldonados. El origen de este linaje, según el ilustre cronista Pedro Barrantes Maldonado, se remonta al reinado de Ramiro I, en que tras la derrota y muerte del Rey Yunderico, de Dinamarca, que intentó invadir nuestras costas, quedó entre los prisioneros un importante personaje que, convertido al cristianismo, recibió del Monarca señaladas mercedes: a éste no le nombraban ni le conocían sino como el Dano, o sea el Danés, y de aquí provino el llamarle a sus sucesores Aldanos o Aldanos.

Uno de ellos fué Nuño Pérez de Aldana, almirante de las Armadas que, tras glorioso hecho de armas, acaeció en presencia del Rey Felipe Augusto, de Francia, relatado en uno de sus más bellos romances, por el ilustre duque de Rivas, tuvo la satisfacción de ver ennoblecido su escudo de armas con las cinco flores de lis de la Corona de Francia, obteniendo a su regreso a España autorización de su Monarca para cambiar su apellido de Pérez de Aldana por el de Maldonado.

De este linaje provienen muchos y muy nobles señores; entre ellos citaré a Diego Arias Maldonado, arzobispo de Sevilla y fundador del Colegio de San Bartolomé en Salamanca, y a Juan Maldonado, trece de la Orden de Santiago, muerto gloriosamente en la batalla de Alarcos. Diez años después de la famosa jornada de Villalar, vemos a Gonzalo Maldonado sirviendo al Emperador en la conquista del Perú.

Son notables los servicios prestados durante la Guerra de Sucesión por el primer conde de Villagonzalo, gentil hombre de boca y regidor de la ciudad de Salamanca, cuyas casa y propiedades fueron saqueadas por servir fielmente la causa del Rey Don Felipe V. Su hijo casó con doña Josefa Boil de la Scala, marquesa de la Scala y Señora de Manises, familia aragonesa, cuyos privilegios datan de la reconquista en San Juan de la Peña, y que tomó parte muy activa en la conquista de Valencia. Don Jaime II hizo a don Pedro Boil maestro de su casa y corte y embajador en el Concilio general de Viena. Tomó parte en una expedición a Italia, casando allí con doña Alta de la Scala, hija de Mastino, primer duque de Verona. Sus descendientes sirvieron leal y fielmente a sus Reyes, distinguiéndose don Vicente Boil en la campaña de Portugal, por la cual le fué concedido el título de marqués de la Scala, que desde el tiempo de Fernando VI viene vinculado en los primogénitos de los condes de Villagonzalo.

Es forzoso, Señor, que al recordar estos hechos heroicos de mis antepasados, cuyas enseñanzas de modo latente viven en nosotros mismos, nos sirva de ejemplo y estímulo para poner siempre todo cuanto somos y poseemos al servicio de nuestra Patria y nuestro Rey, por cuyo feliz y próspero reinado hacemos nuestros más fervientes votos.»

El del marqués de Villadarias

«SEÑOR:

Por fallecimiento prematuro del décimo marqués de Villadarias, mi hermano, y, sobre todo, por merced de Vuestra Majestad, alcanzo la honra de cubrirme en vuestra Real presencia, con los mismos heredados sentimientos de adhesión y lealtad que ganaron para mi inolvidable padre el renombre de «Gran caballero».

Los Arias del Castillo-Fajardo Santisaban y Fernández de Henestrosa, que ennoblecieron el título de Villadarias, y los Príncipes de Santo Mauro y Ventimiglia, transmitiéronme, con la grandeza de sus hechos, la sagrada obligación de imitarlos, consagrándome a servir a España, y a vos, Señor, que la personificáis tan egregiamente, restaurando la gloriosa Monarquía de los Reyes Católicos y haciendo que brillen en vuestra Corona los destellos de la Imperial diadema que os proclama padre de cuantos hablamos la lengua de Cervantes y que, unidos por las olas del Atlántico, cantan el cumplimiento de la profecía de la santidad de León XII, que, al teneros en la pila bautismal, os bendijo como Rey de los españoles todos, presagiando así el hermoso resurgir de la fraternidad hispanoamericana, magnificado por vuestras augustas palabras en la Roma inmortal.

Permitame Vuestra Majestad que a falta de méritos propios, y en esta ocasión, la más solemne de mi existencia, evoque los de las dos castellanas Reinas, Doña María de Padilla y Doña Catalina de Lancaster, bellas flores de mi árbol genealógico.

Vivificado por los rayos esplendorosos que irradian la cruz y el cetro, a cuyo amparo nació, seguro estoy no ha de marchitarse, mantenido por mí fe inquebrantable como caballero y por mi entusiasta y rendida obediencia a Vuestra Majestad.

Puedan mis hijos, de los cuales viste ya uno el uniforme de vuestra Real Armada, exclamar como el heroico fundador de mi Casa: «De mi fortuna triunfará, tal vez, la injusticia; de mi honor, jamás.»